

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«HASTA LOS CONFINES
DEL ORBE»

San Francisco Javier,
pilar evangelizador
en Oriente

Los cristianos ocultos
del Japón

La Cristiandad
en Filipinas

Mateo Ricci y
la evangelización
de China

Corea, evangelizada
por laicos

El primer carmelo
de Oriente



«Es tanta la multitud de los que se convierten a la fe en Cristo en esta tierra donde ando, que muchas veces me acaesce tener cansados los brazos de bautizar, y no poder hablar de tantas veces decir el Credo y los mandamientos en su lengua de ellos».

SAN FRANCISCO JAVIER
Carta a sus compañeros residentes en Roma
Cochín, 15 de enero de 1544

Sumario

Los viajes de san Francisco Javier en Oriente a través de sus cartas <i>Jose M^a Giganto</i>	3
«El milagro de Oriente» <i>Ignacio Noriyasu hnssc</i>	8
Pablo Takasi Nagai, el santo de Urakama <i>Marina Villasuso</i>	12
La cristianización de Filipinas <i>María Gelpí</i>	14
El Santo Niño de Cebú y san Pedro Caluñgsod <i>M.G.</i>	17
Mateo Ricci y la evangelización de China <i>Antonio Prevosti</i>	19
La Iglesia de Corea, una Iglesia creada por laicos <i>Gerardo Manresa</i>	24
El primer Carmelo de Oriente <i>Marta García</i>	27
Los católicos chinos, héroes de la fe <i>A.B.</i>	30
Reformadora y fundadora <i>Santiago Arellano</i>	33
Eucaristía y familia <i>Cardenal Velasio de Paolis</i>	35
España, tierra del Rosario <i>Santiago Fernández</i>	38
San Francisco Gil de Federich, misionero y mártir en Tonkín <i>Jose Álvaro Sánchez-Mola</i>	40
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	42
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	43
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	45

RAZÓN DEL NÚMERO

EL impulso evangelizador realizado personalmente por el papa Juan Pablo II multiplicando los viajes apostólicos por los cinco continentes es la consumación manifiesta del mandato evangélico: «Id y predicad hasta los confines del mundo». A lo largo de toda su historia la actividad misionera de la Iglesia ha sido consustancial a su quehacer apostólico, pero justamente cuando los pueblos que recibieron en los primeros tiempos el anuncio evangélico y, a la luz de esta fe crearon una nueva cultura y civilización, inician un proceso de creciente secularización, la tarea misionera alimentada por estas comunidades católicas de la antigua Cristiandad, se hace más intensa hasta alcanzar el cumplimiento de aquella esperanza: todos los pueblos serán evangelizados. Por ello mismo cuando la Iglesia insiste reiteradamente en nuestros días en la necesidad de una nueva evangelización, tiene este doble significado, el retorno a la fe de los pueblos de la antigua Cristiandad y un renovado y más intenso fervor misionero que alcance a todas las naciones.

Desde el beato Pío IX, y a pesar de las difíciles circunstancias de todo tipo que rodearon su largo pontificado, la actividad misionera de la Iglesia ha tenido una renovada vitalidad, quedando de manifiesto ya en aquel pontificado con la multiplicación de nuevas diócesis que respondían a las crecientes necesidades de atención religiosa. Pero es a partir de san Juan Pablo II cuando esta actividad misionera es realizada personalmente por el Papa. Siguiendo este ejemplo, el actual pontífice Francisco en los dos años de pontificado ya ha realizado dos viajes a diversos países asiáticos: Corea el pasado mes de agosto con motivo de la VI Jornada de la Juventud asiática y en el mes de enero del presente año a Sri Lanka, una Iglesia en formación, y a la Iglesia consolidada desde hace siglos en Filipinas. Con este motivo hemos querido dedicar el presente número a las Iglesias de diversos países de Extremo Oriente; Japón, China, Corea y Filipinas. Como podrá constatar el lector es realmente admirable la labor misionera llevada a cabo de un modo tan singular por san Francisco Javier y los primeros misioneros, y continuada con tanto fervor por millares de apóstoles que entregaron sus vidas en esta sacrificada y ejemplar labor apostólica. Los frutos de ello son patentes; multitudes sin precedentes en torno al Papa, como ha sido recientemente en Filipinas, crecimiento del número de católicos en muchos países asiáticos, multiplicación de las vocaciones religiosas, que contrasta con la escasez de ellas en la mayor parte de países europeos, perseverancia inquebrantable ante las gravísimas dificultades y persecuciones que hasta nuestros días padecen aquellas Iglesias. Una vez más se ha cumplido lo que un día afirmó Tertuliano: «La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos».

Haciéndose eco de todo ello san Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Ecclesia in Asia* afirmaba: «Las comunidades católicas en Asia muestran una espléndida variedad por origen y desarrollo histórico. Mientras algunas Iglesias particulares cumplen su misión en condiciones de paz y libertad, otras se encuentran en situaciones de violencia y conflicto, o se sienten amenazadas por varios grupos a causa de motivos religiosos u otras razones.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2^a
08002 Barcelona
Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, SA - D.L.: B-15860-58

Los viajes de san Francisco Javier en Oriente a través de sus cartas

JOSÉ MARÍA GIGANTO

Pilar de la evangelización de Oriente.

Es habitual considerar a S. Francisco Javier como uno de los pilares de la evangelización y las cristiandades de Asia Oriental. ¿Por qué? ¿No había cristianos allí antes de él? ¿Por qué merece un capítulo aparte si tan solo fueron diez años, 1542-1552, los que vivió en aquellas regiones?

La fe cristiana ha estado presente en Asia desde el siglo I. Y no sólo en el Próximo Oriente. Regiones como Mesopotamia (Irak), Persia (Irán) y la India tenían comunidades cristianas en el siglo I. Según la tradición santo Tomás predicó en la India; Eusebio de Cesarea, en su *Historia eclesiástica*, recoge como a Bartolomé se le asignó predicar en la India del Este.¹ Hay referencias numerosas de presencia de cristianos en Asia central (Kazakistán, Singkiang/China...). Incluso en regiones muy alejadas, como Manchuria (junto a Corea del Norte), se hallan todavía comunidades cristianas (nesorianos) en el s. XIII,² dentro del imperio de Gengis Khan y sus sucesores Kuyuk, Kubilai Khan...

Pero el cristianismo de aquellas regiones alejadas, sin conexión con la sede de Roma, sucumbió y desapareció por el aislamiento y las persecuciones, sobre todo del islam. En Próximo Oriente (Palestina, Siria, Turquía, Líbano), donde los cristianos eran mayoritarios antes de la llegada del islam, minorías cristianas lograron sobrevivir al islam durante siglos gracias al apoyo de la Cristiandad en la Edad Media y de la Iglesia en la Edad Moderna. La excepción en Asia Oriental fue parte de la comunidad de «cristianos de santo Tomás» del sur de la India y, en este caso, no desaparecieron en la Edad Moderna gracias a la ayuda y defensa que desde el siglo XVI realizaron Portugal y la Iglesia. Por esta razón suele tomarse como origen de las Iglesias locales de Oriente al siglo XVI con la llegada de seglares y misioneros portugueses y españoles a aquellos países.

1. Lourdes DÍAZ TRECHUELO, *La historia de la Iglesia en Asia*.

2. Ibidem.

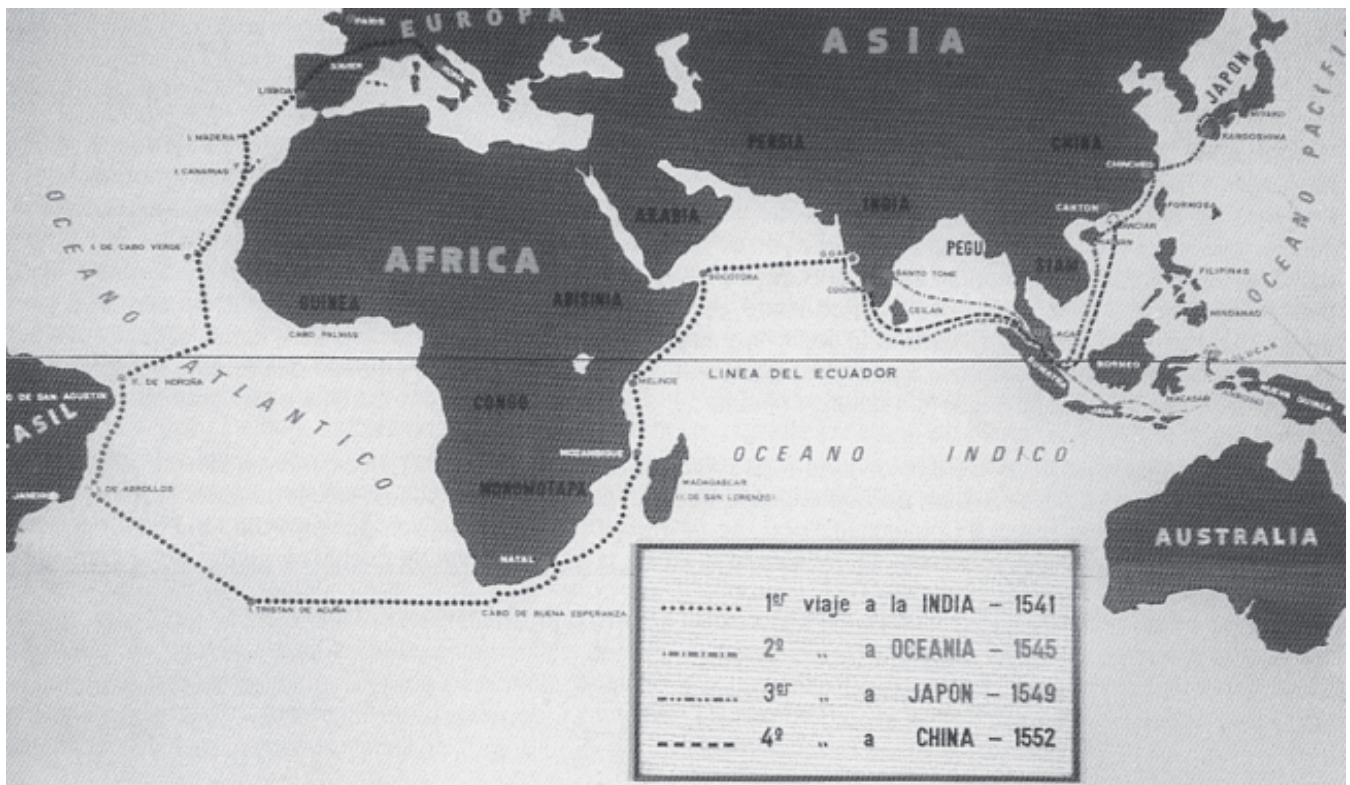
El santo navarro es pilar de la evangelización de Oriente y así se le reconoce al ser nombrado Patrono de las Misiones y también de varias de las Iglesias locales de aquellas naciones. ¿Por qué? Esencialmente por la honda huella que ha dejado en la historia de la Iglesia. Él reorganizó y misionó en el sur de India, estructuró y evangelizó en las misiones de Molucas/Indonesia, inició las de Japón, anheló y preparó la de China y promovió la predicación en otros puertos y núcleos de dominio portugués como Malaca (Malasia), Socotora (Yemen), Ormuz (Irán)... Ejerciendo la función que se le encomendó como delegado papal/nuncio apostólico y como superior y provincial de los jesuitas, dejará estructuras y caminos vitales para la Iglesia en Oriente: Colegio-seminario de San Pablo de Goa, provincia jesuita de Oriente, traducción de catecismos a lenguas nativas, formación permanente de catequistas nativos seglares, cristianización de tradiciones culturales...

Hasta ejemplos concretos de su actividad evangelizadora servirán de inspiración a otros muchos misioneros: canciones para memorizar elementos esenciales de la fe, uso de instrumentos musicales para atraer a nativos agresivos, etc. Escenas iniciales de la película «La Misión» (martirio del misionero jesuita por los guaraníes, reenvío de otro «Jeremy Irons»...), parecen inspirados en pasajes de la vida de S. Francisco Javier en las Molucas: logra contactar y evangelizar, gracias a la música, con tribus de antropófagos y cortadores de cabezas que habían asesinado a dos sacerdotes.

Las cartas de S. Francisco Javier.

UN conocido refrán afirma que «Las palabras pueden convencer pero los ejemplos son los que arrastran». En el santo navarro su ejemplo de vida y sus palabras, su santidad, ejercieron una influencia muy notable en aquellos que le conocieron; el Espíritu Santo se valió de ella para obrar en muchos la conversión.

Pero serán sus cartas al rey de Portugal y, sobre todo, a otros jesuitas las que van a ejercer un efec-



Mapa de los viajes de san Francisco Javier

to multiplicador durante siglos. Las escribía con el corazón encendido en el amor a Cristo y así nos han llegado hasta hoy. Han sido la fuente para conocer sus viajes y actividad en Oriente.

Algunas cartas están dirigidas al rey de Portugal, Juan III, como responsable de la evangelización en todo su imperio y en Oriente.³ España y Portugal, por delegación expresa de la Santa Sede, ejercen el Patronato Real sobre las Indias. Hoy resulta difícil de entender que los reyes de ambas coronas se sentían parte de la Cristiandad y percibían, como también aquella sociedad hispana, que una de las prioridades básicas era la evangelización de las nuevas tierras y gentes.

La acogida a las cartas del padre Francisco fue de «verdadero entusiasmo en las cortes de España, Portugal, Roma, entre los padres del Concilio tridentino, en París, Colonia, Coimbra y Gandía»⁴ No era por los datos sobre regiones y pueblos remotos sino por «el espíritu apostólico que encerraban». La divulgación de las mismas se hizo muy grande: se copiaban en Portugal o Roma y se remitían a otras cortes y casas de la Compañía, se traducían a otros idiomas y se volvían a copiar.

3. Antonio PÉREZ-MOSSO, *Apuntes de historia de la Iglesia Moderna (1417-1815)*, 2012.

4. Félix ZUBILLAGA, S.J., «Cartas y escritos de san Francisco Javier». B.A.C., 1968.

Primera etapa, viaje a Goa (abril de 1541- mayo de 1542)

LA ciudad de Goa era capital del imperio portugués en Asia. Por debilidad material y demográfica, Portugal (apenas 1,2 millones de habitantes) solo puede jalonar las costas de África y Asia con ciudades y factorías que le permiten comerciar con Oriente hasta Japón y China. Goa era la sede del Virrey y la primera diócesis (1534) del Patronato portugués en Asia (su jurisdicción teórica abarcaba entonces todo Oriente: India, China, Indochina, Japón...).

El primer obispo residente, el dominico español Juan de Alburquerque, llegó en 1538. La ciudad contaba con una guarnición de tres mil hombres y con la mayor colonia de portugueses (muchos mestizos) pero tenía en derredor sultanatos y reinos con frecuencia enemigos. La evangelización hacia el interior era tarea casi imposible aunque se intentó.

Acompañando a las expediciones portuguesas van siempre sacerdotes. Los propios seglares portugueses y, sobre todo, los capellanes (con frecuencia franciscanos o dominicos) son los primeros evangelizadores. Pero la tarea es ingente y la mortalidad de los misioneros inmensa por enfermedades o martirio. Ya de por sí la mortalidad en los viajes impresiona: según las estadísticas el 29 % de las tripulaciones naufragaban antes de al-

canzar la India; el 74 %, antes de llegar a Japón.⁵

La mies en las Indias Orientales (Asia oriental) es ingente y los obreros muy escasos. En 1540 Portugal está en plena expansión marítima pero los medios materiales y humanos son muy limitados.

Juan III, a través del embajador Mascareñas, solicita misioneros al papa Paulo III. Dios se vale de circunstancias humanas. Al rey portugués, sobre todo, le preocupan los veinte mil paravas –pescadores de perlas en el actual estado de Kerala, suroccidente de India– que habían pedido la protección de los portugueses para librarse del hostigamiento de sultanes musulmanes y se habían bautizado entre 1535-1537; se habían quedado sin sacerdotes. El Papa acepta y solicita misioneros a la recién aprobada Compañía de Jesús, con la que estaba entusiasmado. Francisco de Javier será uno de los dos jesuitas que partirán hacia Portugal para embarcarse hacia las Indias.

El 7 de abril, día que cumplía 35 años, sale la expedición de Lisboa y llega el 22 de septiembre a Mozambique. Acompañan a Javier, como misioneros, Micer Pablo, sacerdote secular, y Mansilhas, un estudiante jesuita. Francisco de Javier viaja en la nao capitana, donde también viaja el nuevo gobernador de Goa.

Aquel viaje será memorable para quienes conviven con el padre Francisco de Javier. Vive y se desvive por todos, ejerce la caridad espiritual y material, atiende a los enfermos y moribundos, celebra los sacramentos y su ejemplo gana cada día más corazones que le serán vitales en posteriores viajes evangelizadores. Había rechazado contar con el criado que le envió el rey y rehusó los cómodos aposentos que le ofreció el gobernador para elegir instalarse junto a los enfermos, pero a la hora de celebrar misa la realiza con toda la solemnidad posible.

Cuatro meses después, diezmada la expedición, llegan a Mozambique, puerto y fuerte portugués. Deben invernar unos meses pero el padre Francisco de Javier no descansa: aprovecha para atender el hospital, evangelizar a la colonia portuguesa, enseñar la doctrina a bautizados sin formación...

Desde allí escribe a sus compañeros de Roma narrando brevemente algunos detalles del viaje, su ilusión por evangelizar en India... Pero termina reconociendo que no puede seguir por estar enfermo: «... hoy me sangraron por séptima vez y hállome en mediocre disposición.»⁶

5. V.V.AA., *Tras las huellas de Javier*, Ed. Cenlit, Madrid, 2005.

6. Doc. 13. A sus compañeros residentes en Roma. Mozambique 1 de enero 1542.

Viajes evangelizadores al sur de la India (1542- 1545)

CUANDO llegan a Goa, 6 de mayo, es la época del monzón y debe permanecer unos meses allí antes de partir a misionar a los paravas. Los aprovecha, como ya hiciera en Lisboa y Mozambique, en evangelizar en la ciudad y en atender a enfermos y moribundos. Enseña la doctrina a portugueses e indígenas y utiliza recursos novedosos: adapta canciones y melodías que conocía a las que incorpora la letra de oraciones, de los mandamientos...; crea una escuela de catecismo, llama a los niños con una campanilla que se hace familiar en Goa... Sus cartas a los jesuitas de Roma despiertan pronto el interés por la nueva misión. El gobernador será un fiel apoyo del padre Francisco de Javier, le admira y le encomienda que dirija el nuevo Colegio de San Pablo (colegio-seminario que será semillero de misioneros y jesuitas). «...Movié Dios N.S. algunas personas para que le sirviesen en hacer un colegio... Creo que antes de seis años ha de haber pasados trescientos estudiantes... de varias lenguas, naciones y gentes. Espero en Dios N.S. que de esta casa han de salir hombres... que han de multiplicar el número de los cristianos».⁷

En octubre de 1542 ya está en Tuticorín, capital de la región de los paravas. En esa región pasará un año enseñando y evangelizando aquellos pueblos, algunos ya bautizados pero sin instrucción cristiana. Javier emplea recursos que ya practicó en Goa: enseña canciones, atrae a todos con su caridad, se gana a los niños y ellos evangelizan a sus padres... Organiza la misión mediante catequistas seglares, adapta un catecismo breve a su lengua, proyecta parroquias y escuelas para los nativos... Necesita refuerzos, la mies es incontable. Regresa a Goa en octubre de 1543 por diversos trabajos (Colegio-seminario de San Pablo, lograr del gobernador se provean las proyectadas parroquias y colegios y su mantenimiento...).

En enero de 1544 vuelve a Tuticorín junto con Mansilhas y otro sacerdote. Con ellos reorganiza aquellas misiones con los paravas y continúa las iniciadas con otras castas. La guerra entre ese reino y los de Quilón y Travancor (hoy estados de Kerala, Tamil-Nadu y Karnataka en el sur de la India) había estallado; organiza el socorro y atención a las víctimas... Con gran diplomacia y el apoyo del gobernador logra la paz. Los reyes de esas tierras, en agradecimiento, le dejan evangelizar en los poblados de pescadores que se convierten por miles.

Su actividad viajera, misionera y organizadora

7. Carta al padre Ignacio de Loyola. Goa a 20 de septiembre de 1542



San Francisco Javier predicando el Evangelio ante indios y japoneses de Stolz Viciano

es incesante: proyecta un viaje a la isla de Ceilán (Sri Lanka) para atender a los neófitos perseguidos, regresa a Cochín y Goa, viaja a la costa suroriental de India (Tamil-Nadu)... Cuando parte para Malaca y las Molucas en 1545 deja amplios campos de misión abiertos en el sur de India; su fruto ha llegado hasta hoy.

Misión de Malasia e Indonesia (1545-1547)

JAVIER, junto con los breves pontificios nombrándole nuncio del Papa, había recibido la responsabilidad misionera en todas «las Indias orientales». Deseoso de hacer el mayor bien posible al mayor número de personas, anhela dar a conocer a Cristo a todos y escucha con interés las noticias que los portugueses le traen de otros lugares: Bengala, Malaca, Islas de las Especies (Molucas) ...

Es consciente de la limitación de personas con las que Juan III puede ejercer el Patronato y por ello solicita al padre Ignacio, además de oraciones, nuevos misioneros para evangelizar aquellas regiones. En sus cartas informa, alienta, anima, aconseja. Para cada uno tiene palabras adecuadas. A Juan III, a los compañeros que deja en las misiones, a los catequistas.⁸ «Os propondré aquí... método para enseñar a la gente ruda de estos pueblos los rudimentos de la doctrina cristiana, cuyos resultados los tengo

8. Instrucción para los catequistas de la Compañía de Jesús. Malaca, 10 de noviembre de 1545.

comprobados por la experiencia ... para gloria de Dios Nuestro Señor. y salvación de las almas».

En mayo de 1545 parte hacia las Molucas, «Islas de las Especies» (Indonesia). Javier tiene grandes esperanzas por las noticias que ha recibido. El islam está en expansión en Oriente, habitualmente mediante la «guerra santa» y la coacción; allí donde llega se cierran las puertas al Evangelio. Las gentes de aquellas islas se muestran abiertas a escuchar a los portugueses y conocer su religión. Algunos se han bautizado pero prácticamente no hay sacerdotes. Javier anhela ir allá.

En el camino debe permanecer tres meses en Malaca (hoy ciudad y estado de Malasia). Los portugueses habían arrebatado la ciudad a un sultán musulmán, la habían fortificado y era punto clave en el comercio hacia China y las Molucas. Rodeada de sultanatos hostiles, imposible la predicación en ellos, Javier se centra en la ciudad. Las riquezas y la sensualidad se habían apoderado de los portugueses y daban pésimo ejemplo al resto de pobladores.

En enero de 1546 puede partir hacia las Molucas. Llegan a Amboina (hoy Ambón/Molucas del Sur, Indonesia). Siete poblados están bautizados y han acogido el Evangelio pero carecen de sacerdotes. Hay además ocho navíos portugueses. «... Fueron tantas las ocupaciones que tuve en tres meses ... en predicar, confesar, visitando enfermos, ayudándolos a bien morir, lo que es muy trabajoso de hacer con personas que no vivieron muy conformes a la ley de Dios».

De allí parte hacia las Islas de las Especies. Entre ellas está la Isla del Moro en la que hacía unos

años se habían bautizado numerosos cristianos pero habían quedado sin clérigos y en persecución. «La gente de ella es muy llena de traición, por la mucha ponzoña que dan en el comer y beber; por esta causa dejaron de ir a la citada Isla del Moro personas que mirasen por los cristianos. Yo, ... por socorrer la vida espiritual del prójimo, determino de me ir al Moro por socorrer a los cristianos... puesta toda mi confianza en Dios Nuestro Señor...»⁹

Tras meses de predicación y viajes por aquellas islas, regresa a Malaca y a Goa. Como superior jesuita en Oriente tiene la responsabilidad de los jesuitas que han ido llegando o que entran allí. Desea además confortar en las áreas misionadas que va recorriendo de nuevo una a una.

Primera evangelización de Japón (1549-1551)

EL padre Francisco escuchaba con interés las noticias que le aportaban de Japón y China. La Providencia usa de circunstancias humanas y en Malaca, regresando hacia Goa, le presentan a tres japoneses. El corazón de Javier los gana para Cristo y la Iglesia: los tres irán al Colegio-seminario de San Pablo y entrarán en la Compañía.

A la par que múltiples trabajos, es superior directo de una treintena de jesuitas en Oriente además de Nuncio y responsable de las misiones, organiza y prepara la nueva misión: Japón. En abril de 1549 parte hacia allá. La evangelización tiene enemigos y en ese viaje Javier lo advierte de nue-

vo claramente. Todo parece aunarse para impedir esa nueva misión: «... comenzó el capitán (un chino) de mudar parecer en no querer ir a Japón, deteniéndose sin necesidad en las islas...» «Se nos acababa el monzón (viento favorable) ...» Javier indica quién está detrás pero también la solución: «Y como el demonio no pueda más mal hacer de cuanto Dios le da lugar, más se ha de temer la desconfianza en Dios que el miedo al enemigo...»¹⁰

Aquella primera evangelización de Japón por san Francisco Javier y compañeros, entre 1549 y 1551, ha dejado episodios muy hermosos. Merece una atención específica por su singularidad.

Anhelos de conversión de China (1552)

CREADAS las primeras comunidades cristianas y abierta la evangelización en Japón, Javier inicia el regreso hacia India en noviembre de 1551. En el corazón arde otro deseo por Cristo: la evangelización de China, el mayor imperio de todo Oriente. A esta nueva misión dedicará parte de sus esfuerzos desde entonces. La Providencia dispuso que fueran otros los que abrieran aquella tierra al Evangelio y que él muriera, el 3 de diciembre de 1552, a las puertas de China.

Pero antes de ese momento todavía le quedan el viaje de regreso de Japón a la India, las responsabilidades como provincial de jesuitas, la visita a las diversas misiones, los sufrimientos en Malaca, etc. Francisco de Javier, viajero incansable por Cristo Jesús, entregó su alma musitando una jaculatoria: «Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí».

9. Carta a sus compañeros de Europa. Amboina, 10 de mayo de 1546..

10. Carta a sus compañeros residentes en Goa, Kagoshima, 5 de noviembre de 1549

«Eterno Dios, Criador de todas las cosas: acordaos que Vos criasteis las almas de los infieles haciéndolas a vuestra imagen y semejanza. Mirad, Señor, como en oprobio vuestro se llenan de ellas los infiernos. Acordaos, Padre celestial, de vuestro Hijo Jesucristo, que derramando tan liberalmente su sangre, padeció por ellas. No permitáis que sea vuestro Hijo por más tiempo menospreciado de los infieles, antes, aplacado con los ruegos y oraciones de vuestros escogidos los santos y de la Iglesia, Esposa benditísima de vuestro mismo Hijo, acordaos de vuestra misericordia, y olvidando su idolatría e infidelidad, haced que ellos conozcan también al que enviasteis, Jesucristo, Hijo vuestro, que es salud, vida y resurrección nuestra, por el cual somos libres y nos salvamos; a quien sea dada la gloria por infinitos siglos de los siglos. Amén»

Oración compuesta por san Francisco Javier

«Milagro de Oriente»

IGNACIO NORIYASU WATANABE, HNSSC

ESTE año celebramos el ciento cincuenta aniversario del descubrimiento de los «*kakure kirishitan*» (cristianos ocultos) de Nagasaki. En efecto, tras dos siglos del aislamiento, las costas de Japón comenzaron a abrirse en 1858. Los misioneros católicos, que llevaban tanto tiempo esperando poder entrar, aprovecharon enseguida estas circunstancias favorables. A comienzos de 1863 tres misioneros franceses, los padres Petitjean, Laucaigne y Furet llegaron a Nagasaki. Con la esperanza de encontrar algunos cristianos ocultos construyeron una iglesia en un valle cercano a la Santa Colina, donde los veintiséis mártires de Nagasaki fueron crucificados. A pesar de sus incansables trabajos, los misioneros franceses no encontraron ningún cristiano japonés en el día de la inauguración de la iglesia. Sin desanimarse por ello, comenzaron a realizar sus tareas apostólicas en esta ciudad de mártires. Un mes después de la solemne inauguración ocurrió el incidente inolvidable. El 17 de marzo de 1865 apareció un grupo de japoneses en la iglesia y le hicieron al padre Petitjean aquellas tres famosas preguntas sobre el celibato de los sacerdotes, la imagen de la Virgen María y la obediencia al Papa de Roma. Estos eran los tres signos que los misioneros mártires les habían enseñado para reconocer a futuros misioneros católicos. Tras las respuestas correctas del padre Petitjean, los japoneses, entre lágrimas de alegría, exclamaron: «¡Todos nosotros tenemos el mismo corazón que el suyo!». Al día siguiente aparecieron miles de los «*kakure kirishitan*» en la iglesia de Nagasaki.

Esta noticia del descubrimiento de los cristianos japoneses fue una sorpresa para todo el mundo y fue un motivo de alegría para la Cristiandad sufriente del siglo XIX. Cuando el papa Pío IX se enteró de esta noticia lo declaró como «el Milagro de Oriente». A raíz de esto el Santo Padre beatificó a 205 mártires de Japón el 7 de julio de 1867. Estos «*Kakure kirishitan*» fueron un consuelo para el corazón apenado del Papa por la situación triste de aquella época. Europa apostataba de la fe cristiana, avanzaba su descristianización y las tropas italianas amenazaban los Estados Pontificios. Ante esta situación, sin duda, el corazón del Santo Padre fue consolado por esta noticia del descubrimiento de los cristianos ocultos. Hay un episodio conmovedor que nos habla de la unión del Papa con aquellos japoneses: en 1871 Mons. Petitjean (había sido nombrado vicario apostólico de Ja-

pón y recibió la unción episcopal en 1866) regresó de Roma y trajo la triste noticia de que Pío IX había sido hecho «prisionero en el Vaticano» a los cristianos de Nagasaki, y en aquel momento ellos mismos estaban padeciendo una persecución estallada en 1868. Pero, a pesar de sus sufrimientos, dirigieron una carta al Santo Padre manifestándole su fidelidad al Obispo de Roma. El Papa les respondió afirmando que era el mensaje más consolador que había recibido en aquel momento tan triste para la Iglesia.

Ciento cincuenta años después la fe de aquellos mártires no deja de sorprendernos. A pesar de la última persecución, la revolución japonesa y la segunda guerra mundial no ha desaparecido la fe, sino que va creciendo la Iglesia en Nagasaki y sigue siendo esta ciudad de mártires el corazón de la Iglesia japonesa. Ante este «Milagro de Oriente» no podemos dejar de preguntarnos: ¿cómo es posible todo esto? ¿Cómo vivieron? ¿Cuál es el secreto para haber mantenido la fe? Esta búsqueda es la que me movió a escribir este artículo, pues me parece que conocer las respuestas de estas preguntas puede ayudarnos a vivir en este tiempo presente. En nuestra sociedad ha avanzado la descristianización. Cada vez más encontramos obstáculos para vivir como cristianos. Quizá no es una exageración decir que también nosotros vivimos en una época de «persecución sin sangre». Por eso, a lo largo de este artículo quisiera acercarme a estos mártires con el fin de aprender de ellos a vivir abandonado en las manos de Dios, levantar nuestra mirada al ideal grande y tener la esperanza únicamente en Cristo. Para ello, en primer lugar, trataremos brevemente la historia del cristianismo en Japón, en segundo lugar explicaremos como vivieron estos mártires durante aquellos años y en tercer lugar trataremos del ideal de los «*kakure kirishitan*».

La historia de la fe cristiana en Japón

EL 15 de agosto de 1549 san Francisco Javier desembarcó en Kagoshima y los japoneses oyeron el Evangelio por primera vez. Durante dos años, el misionero recorrió las principales ciudades del sur de Japón: Hirado, Yamaguchi, Sakai y Miyaco (Kyoto). Por sus incansables trabajos, cada día aumentaba el número de cristianos en esta isla.

Al salir san Francisco Javier de Japón no tardaron en llegar muchos misioneros tanto jesuitas como de otras congregaciones. Gracias a ellos, se convirtieron miles y miles de japoneses al cristianismo. Entre ellos había seis *daimyos* (señores militares regionales). Uno de ellos era Ukon Takayama, a quien se conoce como el «Tomás Moro japonés». Por su fidelidad a la fe en Cristo, fue arrestado y desposeído de sus tierras, y terminó exiliado de Japón. Este «samurái de Cristo» está en proceso de beatificación.

A comienzos de 1587 cambió totalmente la situación de los cristianos. Hasta entonces los misioneros cristianos tenían libertad para predicar en todo el país. Sin embargo, en la víspera de la fiesta del apóstol Santiago de aquel año, se publicó un decreto de la prohibición de la religión cristiana en todas las islas japonesas. Las razones principales de esta prohibición fueron el notable aumento del número de cristianos y «las falsas informaciones» que dieron los bonzos contra los misioneros y contra la fe cristiana. Decididos a morir con sus fieles, los misioneros se refugiaban en los palacios de los príncipes cristianos y continuaban sus tareas apostólicas. A pesar de las dificultades el número de bautizados llegó a ser alrededor de trescientos mil. El odio a la fe cristiana iba creciendo cada vez más; llegó a manifestarse públicamente el 5 de febrero de 1597 crucificando 26 cristianos en la Colina de Nagasaki. A partir de ese momento, se abrió una etapa de persecuciones violentas que duró hasta 1873. Durante esta época, miles y miles de cristianos murieron confesando la fe en Cristo. Por los datos que conocemos el número de estos mártires alcanza a 9.125, de los cuales conocemos el nombre de 3.125, el resto son los que murieron en las ejecuciones en masa realizadas en 1624 y 1638. Además sabemos

que durante la primera mitad del siglo xvii, cerca de un cuarto de millón de japoneses murieron de hambre por no renegar de su fe. Tras las persecuciones sangrientas de principios del siglo xvii, el número de los misioneros había disminuido notablemente. El cierre de los puertos japoneses a los barcos extranjeros en 1639, fue un duro golpe para los cristianos de Japón. Estos cristianos recién convertidos tendrían que guardar su fe durante 215 años sin pastores de almas, y por lo tanto, no podían recibir ningún sacramento excepto el sacramento del bautismo y el matrimonio.

El 17 de marzo de 1865 sucedió aquel encuentro memorable del padre Petitjean con los «*kakure kirishitan*». Tras este descubrimiento de los cristianos ocultos, todo el mundo creía que había llegado el fin de la persecución en Japón. Sin embargo, los cristianos de Nagasaki tenían que esperar hasta 1873 para lograr la libertad del culto a Dios. A pesar de la fuerte oposición de los países católicos, el gobierno japonés comenzó una última persecución contra los «*kakure kirishitan*» con el fin de acabar con ellos. En 1868 los cristianos de Nagasaki fueron desterrados a Tsuwano, una pequeña población encajonada entre las montañas de Shimane, y permanecieron allí hasta 1873. El número de estos desterrados fue 3.414, entre ellos 664 habían muerto durante la última persecución. Ante esta crueldad, varios gobiernos extranjeros protestaron oficialmente contra el gobierno japonés y le obligaron a renunciar a su política. Finalmente el gobierno Meiji permitió la libertad del culto a todos los cristianos de Japón.

Una vez que volvieron estos «*kakure kirishitan*» a sus hogares, comenzaron a construir una iglesia. A pesar de su pobreza, todos colaboraban para la construcción de este templo. En 1917 veintidós años

El testimonio de los mártires

«Son muchos los hombres y mujeres que, en diferentes lugares del continente asiático, han dado testimonio de esta verdad con el ofrecimiento de sus vidas y por la causa de Cristo. Lo han hecho del mismo modo que lo habían hecho otros antes que ellos, durante los primeros siglos de la historia de la Iglesia, en Roma y en muchos lugares del mundo en el curso de dos milenios.

»Mi actual peregrinación por Asia está unida íntimamente al testimonio cristiano de fe dado por los mártires japoneses. La Iglesia los venera convencida de que el sacrificio de sus vidas ayudará a obtener la salvación y la paz, fe y amor para todos los pueblos de este continente».

JUAN PABLO II. Mensaje a todos los pueblos de Asia desde Radio Veritas, Manila.
21 de febrero de 1981

después de colocar las primeras piedras, terminó la construcción de la misma. Por fin, aquellos cristianos podían alabar a Dios y cantarle el «*Te Deum*» en nombre de todos los mártires. Durante este tiempo de paz creció el número de bautizados: llegaron a ser alrededor de diez mil en Nagasaki. Esta ciudad de mártires volvió a latir como el corazón del cristianismo de Japón. Todos creían que había llegado el fin del derramamiento de sangre. Sin embargo, les esperaba una cruz sin comparación. El 9 de agosto de 1945 cayó la bomba atómica sobre Nagasaki. En un instante murieron 72.000 personas, y entre ellos se contaban ocho mil cristianos. Aquella iglesia construida por los «*kakure kirishitan*» se situaba a quinientos metros del lugar donde explotó la bomba, y por ello fue destruida. Como consecuencia de esta tragedia, Japón se rindió seis días después de esta destrucción. Así terminó la segunda guerra mundial el día de la fiesta de la Asunción de la Virgen María. Al acabar la guerra, los hijos de aquellos mártires de Nagasaki comenzaron a reconstruir la iglesia en el mismo lugar que estaba antes. En 1959 terminó la obra y las campanas de Nagasaki volvieron a sonar. Ya nunca han dejado de sonar hasta nuestros días.

¿Cómo vivieron estos mártires durante aquellos años?

Una comunidad jerárquica

CUANDO estalló la persecución muchos cristianos de Nagasaki emigraron a islas cercanas o a la costa. Allí vivían como granjeros y pescadores, y crearon una Iglesia clandestina. Estas pequeñas comunidades tenían una organización jerárquica. Cada comunidad era dirigida por un «*chokata*», que ejercía la máxima autoridad, y también había algunos que tenían el encargo de administrar el sacramento del bautismo y de recordar las fechas del Adviento, Navidad, Semana Santa, Pascua, etc. De hecho cuando el padre Petitjean visitaba a estas comunidades, después de aquel encuentro memorable, estos cristianos sabían que estaban en el tiempo de Cuaresma. Ahora bien, esta organización no fue inventada por ellos, sino que su origen estaba en los misioneros mártires. En cada comunidad los misioneros elegían a algunos que sobresalían por su fe y cualidades para encargarles enseñar la doctrina. E incluso ya existían unos «bautizadores» que recibían una formación particular para garantizar la correcta administración del bautismo. Gracias a esta organización el pueblo japonés pudo mantener la fe durante casi dos siglos de persecución sin sacerdotes. Junto a esta organización de la iglesia clandestina

no podemos olvidar la importancia de la educación cristiana en familias. Año tras año, los padres transmitían la fe a sus hijos. Los niños aprendían a rezar y a amar a Cristo en sus hogares. Sin duda esto fue el pilar de aquellas comunidades cristianas.

El testimonio de los «padres misioneros» y el «espíritu samurái»

Cuando uno va conociendo la historia de los «*kakure kirishitan*» le puede surgir una pregunta: ¿cómo pudo arraigar tan rápido la fe en Cristo? Sólo cincuenta años después de la llegada de la fe cristiana a Japón ya había miles y miles de mártires japoneses. ¿Cómo fue posible esto? Para encontrar la respuesta a esta pregunta hemos de ver dos cosas: el testimonio de los misioneros y el espíritu samurái. Los misioneros anunciaban a Cristo y enseñaban la doctrina cristiana no sólo por sus predicaciones, sino también con sus obras de caridad. Más de una vez los japoneses se convirtieron a la fe cristiana por la santidad de estos misioneros. Pues con sus obras les garantizaban lo que enseñaban y daban testimonio del amor de Cristo. Ahora bien, el mayor testimonio realizado por ellos fue su martirio. Con su sangre indicaban el camino que llevaba al cielo, y con sus ejemplos levantaban la mirada de sus fieles a aquel ideal grande por el que merecía la pena dar la vida. Este testimonio de los «padres misioneros» fue la clave para la conversión del pueblo japonés. Porque este acto de morir por la fidelidad a su señor encajaba bien con el «espíritu samurái». Uno de los actos más valerosos en la sociedad japonesa era la fidelidad del que servía. Pues al ver que los misioneros morían por la fidelidad a su Señor, muchos reconocieron la grandeza de la religión cristiana y una vez que se convirtieron no dudaron de seguir el ejemplo de sus «padres misioneros» hasta derramar su sangre.

El ideal de los «kakure kirishitan»

Dar la vida por Cristo

A PESAR de la diferencia de clases sociales y de las épocas, todos los cristianos japoneses tenían un ideal común que era dar la vida por Cristo. Cuando escuchamos estas palabras lo primero que nos viene a la cabeza es «el martirio de sangre». Sin embargo, estos «*kakure kirishitan*» nos enseñan un sentido más profundo. «Dar la vida por Cristo» significa una entrega total al Señor, someter mi voluntad a la voluntad divina y reconocer que mi vida entera pertenece a Dios. Por eso, cada día aque-



Catedral de Nagasaki

Los mártires encontraban el momento de «dar la vida por Cristo». Cada vez que les presentaban una injusticia o recibían algún insulto por ser cristianos, todo ello era momento de entregarse totalmente al Señor. Con sus ejemplos los mártires de Japón nos enseñan que el martirio de sangre no es fruto de un momento, sino que es el fruto de la entrega de cada día.

La mirada al cielo

Una de las características de los «*kakure kirishitan*» es su mirada al cielo. Hasta los niños conocían bien que el fin último del hombre es ir al cielo y que merece la pena luchar por ello. Todos estaban dispuestos a sufrir y a morir por Cristo porque sabían bien que el martirio les abría el camino directo al cielo.

La fortaleza de los débiles

Ahora bien, estos mártires no eran un grupo de hombres que tenían muchos talentos, sino que eran como nosotros, unos hombres sencillos. Reconocían sus debilidades y sus flaquezas. Sabían bien que recibir la corona del martirio superaba su capacidad. Por eso, no cesaban de pedir al Señor su ayuda y la fortaleza para soportar todos los sufrimientos. Aquí estaba el secreto de los «*kakure kirishitan*».

Durante la época de las persecuciones vivían abandonados en las manos de Dios. En vez de apoyarse en sus propias fuerzas, confiaban solamente en el poder divino; como el niño que espera todo de su padre, ellos ponían su esperanza únicamente en el Señor.

El corazón enamorado de Cristo

Los cristianos japoneses tenían un mismo corazón: el corazón enamorado de Cristo. Todos estaban dispuestos a recibir la corona del martirio porque habían conocido el amor de Cristo. Aquella noticia que trajeron los misioneros, «Jesús se entregó a la muerte por nosotros», conquistó sus corazones, pues aquella fue una novedad para todos. Hasta entonces nunca habían escuchado que un amo pudiera morir por sus súbditos: ningún emperador, ni «*shogun*» había muerto por sus servidores. En cambio, el Señor de todo el universo quiso morir para nuestra salvación. Ante esta noticia, aquellas gentes sencillas comprendieron la grandeza del amor de Dios hacia el hombre. Este amor de Dios fue el que los movió a dar la vida por Cristo y desear seguir al Señor de una manera especial participando en su Pasión.

Éstas son las enseñanzas de los «*kakure kirishitan*»: levantar nuestra mirada al cielo. Todo lo que pasa en esta vida está ordenado hacia este fin. No confundamos los medios con el fin. Con su sangre los santos mártires nos enseñan el camino que nos lleva al cielo. Es verdad que habrá muchas cruces en él, se nos presentarán algunas injusticias y nos insultarán por ser fieles a Cristo, sin embargo, seguiremos sus ejemplos, aceptando esas cruces que Dios nos manda. Quizá, alguna vez, nos parecerá difícil aceptarla. Entonces, como ellos, nos echaremos a las manos de Dios y le pediremos su auxilio divino con la confianza de ser hijos suyos. Así un día podremos decir con los mártires: «¡Merecía la pena dar la vida por Cristo!»

Pablo Takasi Nagai, el santo de Urakama

MARINA VILLASUSO

Buscando la senda buena

TAKASHI Nagai nació en 1908 en la prefectura de Shimane. Sus padres, de religión sintoísta, le transmitieron los valores de la cultura japonesa y un amor por su país que él conservó, aunque con un sentido renovado y pleno hasta el final de su vida.

Un gran amor por la verdad y unas capacidades naturales sobresalientes, no lo previnieron contra las falacias del materialismo ateo. Se sumió en este camino hasta perder la fe de sus padres y cuando cursaba el segundo año de la carrera de medicina en la Universidad Médica de Nagasaki, no veía más que pura materia en la admirable estructura del cuerpo humano y consideraba que el alma era una invención para engañar a la gente sencilla.

En ese estado espiritual acudió a su casa natal a despedirse de su madre, y al mirarla por última vez antes de su muerte, tuvo la intuición de que el espíritu existe y vive eternamente. Esta certeza y la lectura de los *Pensées* de Pascal que acompañaron su viaje de regreso a Nagasaki, señalan el inicio de su camino de conversión a la fe católica.

Durante cinco años a partir de aquella intuición, su inquietud por el sentido de la vida y la existencia de Dios, lo condujo a la filosofía moderna en la que encontró argumentos vacíos que lo desmoralizaron. Comprendió más tarde que «la vida, el nacer y el morir deberían ser y pueden ser sencillos»¹.

Se sintió más seguro con Pascal, admitiendo la posibilidad de la existencia de un Dios creador y decidió seguir su consejo de orar aún sin tener fe. Buscó alojamiento como estudiante entre las familias católicas de Nagasaki con la esperanza de aprender sobre la vida y la oración cristiana pero sin intención de comprometerse con ellas. Lo hospedó la familia Moriyama, perteneciente al grupo de los cristianos ocultos, testigos de la fe católica durante tres siglos.

Sin saberlo él, Midori, la única hija de los Moriyama, rezaba cada día por su conversión. Había transcurrido un año en esta casa cuando los primeros frutos de la gracia comenzaron a despuntar y Nagai aceptó la invitación del señor Moriyama para asistir a la misa de Nochebuena. La homilía, la fe de las casi cinco mil personas presentes en la catedral,

la liturgia y sobre todo la íntima convicción de que «un alguien estaba presente», impactaron a Nagai.

En dos años y medio, entre 1932 y 1934, la vida de Nagai se fue perfilando a fuerza de hechos sorprendentes, típicos de las preparaciones que hace Dios en el alma para ser bien acogido. Fue en Manchuria donde, en medio de las atrocidades de la guerra, conoció el catecismo y empezó a pensar, esta vez movido por el Espíritu Santo. Advirtió que las preguntas que lo carcomían tenían una respuesta que descubría en su interior a medida que leía los diez mandamientos. Sin quererlo comenzó a examinar su conciencia, a sentir vergüenza por su vida y sus apegos y a reconocer la sabiduría que inspiraba a los humildes que oraban a ese Dios al que todavía no quería rendirse.

Regresó de Manchuria con la idea de pedirle matrimonio a Midori, pero el contraste de su vida con la fe y pureza de la joven, lo avergonzaron. Sentía que había perdido la paz en su alma y buscó auxilio espiritual en la catedral. El padre Moriyama, sobrino de un mártir de la última persecución religiosa en la década de 1870, habló con él y le explicó que «el cristianismo trata sobre los misterios revelados de Dios (...) que no se captan con la inteligencia, como la radiología, sino que se experimentan con la oración».

Gracias a este sacerdote empezó a leer la Biblia, a recibir clases de catequesis y a asistir a misa cada domingo, hasta que en junio de 1934 fue bautizado con el nombre de Pablo, que tomó de san Pablo Miki. Poco después se casó con Midori, con quien tuvo un hijo varón y tres niñas y una vida familiar llena de contrariedades, corta, pero feliz y ejemplar.

La senda estrecha que conduce a la vida

UNA crónica de la vida de Nagai que registra sólo los hechos vitales, no nos conduciría a calificarla como feliz, pero él mismo se aplica un pasaje de los *Pensées* de Pascal «Oh, Padre justísimo, el mundo no te ha conocido pero yo te he conocido. Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría». ¿Cuál es la fuente de la que mana dicha felicidad?

Tanto Nagai como su esposa Midori, vivieron con la conciencia de hacer todo para la gloria de Dios. Ante los remordimientos que sentía Takashi por haber contraído leucemia como consecuencia de una sobreexposición a los rayos X, Midori le respondió, después de orar ante el crucifijo del altar familiar, «tú has dado todo lo que tenías por un trabajo que era muy, muy importante. Era por su gloria».

Midori fue una de las víctimas fatales de la bomba atómica lanzada en Nagasaki, su marido la sobrevivió seis años, Nagai permaneció unido a ella; en virtud de la comunión de los santos, quien lo había llevado a conocer a Dios lo llevaría espiritualmente de regreso al Padre celestial.

Nagai vivía de la oración y de la lectura de la Biblia, cada vez se dedicaba a ellas con más fervor. Con el paso del tiempo su oración se fue haciendo más contemplativa. Mientras asistía a los soldados moribundos durante la guerra en China, repetía «el Señor amablemente devuelve la vida a los muertos» y otros versículos de los salmos o del Nuevo Testamento, para mantener su espíritu en paz y descansar en el Señor. Encontraba «una gran paz al confiar a mis hombres y a mí mismo, a la Providencia de Dios. Es el camino sin complicaciones de quien dijo: mirad a los pájaros del aire y a los lirios del campo».

Este modo particular de oración se fue purificando y transformando en una inspiración de Dios en su alma. Así sucedió cuando se percató de la muerte de Midori, dos días después de la explosión de la bomba atómica; con el alma desolada y las fuerzas físicas destruidas se puso en marcha hacia la montaña en busca de sus dos hijos y le vino a su mente el pasaje de san Mateo «los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán», esta oración invadió todo su ser; a medida que la repetía daba gracias Dios y afirmaba en su interior que todo iba bien. Solo así pudo tomar la decisión de trabajar para reconstruir la catedral, educar a sus hijos y cuidar de la madre de Midori.

La invitación del Evangelio decía, es que todo hombre sea contemplativo». Escribió que «andando con Dios a través del páramo nuclear de Urakami me ha enseñado la profundidad de su amistad».

En los momentos de mayor desolación sufría, lloraba o incluso caía rendido al suelo como si ya no valiera la pena vivir, pero no pasaba mucho tiempo hasta sentirse reconfortado con alguna luz o paz interior. Por momentos parece vivir en el Monte de las Bienaventuranzas. Exhortó a sus hijos a llorar delante de Dios cuando la tristeza los invadiera y no tuvieran a su padre presente. Repetía incesantemente, «bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados», les decía que «el Sermón de la Montaña es el lugar donde po-

dréis encontrar todas las respuestas» y los invitaba a subir allí con el aliciente de que él mismo lo había experimentado. Les decía también que «ser pobre en espíritu y puro de corazón puede que no os dé mucho dinero, pero os dará algo más precioso todavía, la paz en el alma».

La Virgen María le fue develando los secretos de Dios. Rezaba el Rosario al que llamaba su Iglesia de bolsillo y así fue aprendiendo a ponerse en manos de la Santísima Virgen y a abandonarse a la Providencia divina. Solía dirigirse a ella bajo la advocación de Rosa Mística y fue a María a quien invocó, cuando vio la Estrella de la Mañana, después de pasar toda la noche tendido en el suelo al percatarse de la destrucción de su casa y de las trágicas muertes producidas por la explosión nuclear. Recitó el Rosario y se levantó «refrescado en el espíritu», a pesar del abatimiento que había sufrido durante horas los días previos.

El obispo de Nagasaki le pidió a Takashi Nagai que pronunciara unas palabras durante la misa de réquiem por los fallecidos en Nagasaki, es un discurso que compendia la vida espiritual de su autor y simboliza el estado de su alma unida a Dios por el fuego que ardió en su alma. En él, Nagai presenta a Nagasaki como el pueblo elegido por Dios como víctima propiciatoria por los pecados de todas las naciones durante la segunda guerra mundial. Los hombres, vueltos a los ídolos habían matado con regocijo. Veía que el fin del conflicto no resultaba suficiente para la paz, era necesario ofrecer un sacrificio apropiado. Nagasaki, el pueblo fiel tras tres siglos de persecuciones, que rezó durante la guerra por una paz duradera se ofreció a Dios como holocausto y tras su destrucción Dios inspiró al Emperador para que emitiese el decreto que puso fin al conflicto el 15 de agosto, solemnidad de la Asunción de la Virgen María.

Consciente de la desolación de sus conciudadanos, les recordó que los que lloran serán consolados, los exhortó a emprender el camino de la reparación y a dar gracias a Dios por el don de la paz y la libertad religiosa en Japón.

El 1 de mayo de 1951, primer día del mes de María, falleció Takashi Nagai aferrado al Rosario que recibió de Su Santidad el papa Pío XII. Asistieron al funeral en la catedral de Urakami cerca de veinte mil personas.

Nagai fue conocido en muchos países gracias a sus obras traducidas a varios idiomas y con justicia puede ser venerado como el promotor de una paz duradera que sólo es posible con el «compromiso que incluye el sacrificio personal y la conversión del corazón. Sin esto no podemos superar el ego-centrismo, que es el verdadero enemigo de la paz».

Nuestra Señora de la Paz, ruega por nosotros.

La cristianización de Filipinas

MARÍA GELPI RODRÍGUEZ

FILIPINAS, uno de los países con mayor proporción de población cristiana de nuestros días, no fue una unidad como pueblo hasta la llegada de la fe cristiana, en su periodo hispánico.

En la etapa prehispanica, en la que propiamente Filipinas no constituía un pueblo como tal, sino más bien un conglomerado de aldeas con idiosincrasia tribal, la única interacción entre ellos era la actividad bélica por el dominio territorial. Además, las comunicaciones marítimas complican la unidad cultural de un pueblo formado por herencia de pueblos indonesios y malayos que llegaron a las islas procedentes de la zona oriental de Asia y de Australia.

La primera evangelización

CON la llegada de Magallanes en 1521, el territorio es anexionado al Reino de España y comienzan así los primeros asentamientos europeos, después de que el explorador Miguel López de Legazpi, tratara con las familias reales nativas, tras reprimir el ataque pirata del chino Limahong, temido en toda la zona. La rápida victoria, bajo la protección del Niño Jesús de Cebú, enervó a los nativos, que pronto comprendieron la importancia de ponerse bajo la protección de Cristo, especialmente en el misterio de la Eucaristía. Esta segunda etapa, supondrá para Filipinas la cohesión como pueblo cristiano.

Cabe señalar antes de entrar en materia, que el siglo XVI fue especialmente rico en la acción misionera de la Iglesia. Tanto los reyes de España como los de Portugal tomaron muy en serio su deber cristiano de proveer a la propagación del Evangelio en las tierras recién descubiertas y a ello les ayudó el despertar misionero de las órdenes religiosas y de no pocos miembros del clero secular. Será, pues, este siglo XVI, el siglo de las misiones en Oriente, con san Francisco Javier a la cabeza, que llegó a Goa (1542), Malaca (1545), Japón (1549), a la frontera de China (1552) y convirtió a numerosos asiáticos mediante su apostolado audaz e incansable. Otros jesuitas llegaron al Congo en 1547, a Marruecos en 1549, y a Etiopía en 1555; cien discípulos de san Ignacio llegaron a la India. Paralela-

mente fueron formándose las respectivas diócesis en territorios asiáticos. Japón por ejemplo, contaba con ciento cincuenta mil conversiones cuando el emperador Taikosama arrasó en este mismo siglo con aquella comunidad católica, causando centenares de mártires.

La actividad misionera en Filipinas fue desarrollada inicialmente por la expedición de Legazpi, que llegaría al archipiélago en febrero de 1565. En ella, los agustinos Urdaneta, Diego de Herrera, Andrés de Aguirre y Pedro de Gamboa, inician su actividad misionera fundando la ciudad del Santísimo Nombre de Jesús de Cebú, tras haber descubierto aquella preciosa imagen del Santo Niño, probablemente traída por la primera expedición de Fernando de Magallanes y su cronista Pigaffeta, cuya devoción se extendería rápidamente, tras ser regalada a los monarcas indígenas recién bautizados, en señal de alianza y entendimiento provechosos. Así, el 21 de marzo de 1521, se celebraría la primera misa en Filipinas, tan solo un mes más tarde de la llegada de los primeros expedicionarios, con gran fervor y ansia de conocer la fe cristiana, por parte de los pueblos autóctonos. Desde aquí, los agustinos se extienden por las islas de Panay, Masbate, Burias, Ticaw y Albay.

En 1571, una avanzadilla de la primera expedición misional marcha hacia el norte, hasta topar con un grupo de casas sencillas de las que, tomando posesión en nombre del rey de España, nombrarán capital, respetando su antiguo nombre: Manila. Allí pronto alzarán iglesia y convento para atender a la población que acude a ellos en masa para ser acogidos en la Iglesia por el bautismo, ansiosos de conocer todo aquello que los agustinos predicaban, para lo que se hace necesario pedir refuerzos a España ante la falta de medios humanos para la atención de la población entusiasmada y enervada. Ante nuevas peticiones, reforzadas por el gobernador Sande, llegan a Manila quince franciscanos, el 1 julio de 1578. Los agustinos, que hasta el momento habían cuidado de la administración religiosa del archipiélago a tenor de las facultades que les concedía la Omnimoda del papa Adriano VI, la ceden a los franciscanos, que se extienden por las provincias de Pangasinan, Panay, Cebú, Batanga, Mindoro, Camarines y Laguna de Bay, continuando la labor

ya comenzada, en conjunta colaboración. En 1586, con la llegada del dominico Domingo de Salazar, nombrado obispo, se celebra un sínodo diocesano con el objeto de unificar la labor misional y evangelizadora, dado que el fervor se ha extendido ya por toda Filipinas. Se acuerda continuar con la labor de los franciscanos que se concreta en la elección de un centro de evangelización y residencia de los misioneros, con el objeto de procurar nuevas edificaciones y poblaciones cerca de su entorno, en zonas llanas y accesibles, en las que poder crear escuelas parroquiales para la enseñanza del catecismo y la alfabetización de la población. Encomiable fue la labor del padre Plasencia que elaboró una gramática hispano-tagalo, para facilitar el aprendizaje del idioma por parte de los misioneros y la catequesis de los nativos.

Dadas las dificultades que presenta la topografía del archipiélago, que dificulta las comunicaciones, en 1591 se impone una distribución del campo misional, que llega con la Real Orden de Felipe II. En esa fecha el número de convertidos se acercaba al medio millón, y eran atendidos por agustinos y franciscanos principalmente. Una relación de 1589, fija el número de conversos en 667.612, atendidas por 20 clérigos, 79 agustinos, 9 dominicos y 42 franciscanos. A los dominicos se les asigna la provincia de Cagayán o Nueva Segovia y a los jesuitas las islas de Ibabao, Cacul, Leyte, Boholbohol y comarcas de la región de Visaya, con permiso para fundar un colegio en Cebú. En veinticinco años, la evangelización de Filipinas había formado pueblos, abierto caminos y comunicaciones, delineando mapas, formado escuelas, elaborando gramáticas de los dialectos, y en definitiva uniendo al pueblo filipino en la Cristiandad, inculturizando el Evangelio en su idiosincrasia. En 1598 están dedicados a la labor eclesial de la misión en estas tierras, 161 agustinos, 125 franciscanos, 51 dominicos y 43 jesuitas. Su acción conjunta quedará aún complementada con el arribo de los recoletos españoles en 1606, que serán destinados a Zambales, Negros, Palawan y Mindanao.

Agustinos y franciscanos, continuadores de los primeros evangelizadores

AUN quedará algún reducto de población indígena en las montañas, principalmente en el norte de Luzón Cagayán, en la Laguna de Bay y en el Isarog de Camarines. Serán los agustinos y franciscanos los que evangelizarán estas tierras en los inmediatos siglos, pero las condiciones de insalubridad de la zona menoscabaron la salud de muchos de los heroicos misioneros, que hubieron de retirarse. Se reanuda la evangelización en esa

zona, en 1718, año en que los padres Manuel de San Agustín, Fermoselle y Olivenza, fundan 24 pueblos entre Binangonan de Lampón, cabo de Engaño, provincia de Ituí y Cagayán.

Como provincia española, su primer obispo fue el ya mencionado dominico riojano, Domingo de Salazar, quien por la Constitución apostólica de Gregorio XIII del 1579 fue preconizado obispo de Manila. Su valentía y en la defensa de los indígenas, le valió el popular título del «intrépido Salazar». No solo llevó a cabo el sínodo de los clérigos, sino que organizó la construcción de la catedral de Manila, dedicada a la Inmaculada Concepción y que por tantas vicisitudes ha pasado, reconstruida ocho veces tras terremotos, incendios y bombardeos, siendo el paradigma de la esperanza del pueblo filipino, que se encomienda a su bendita Madre. Salazar ideó además, la creación de una universidad que más tarde fundaría su sucesor, Miguel de Benavides, con el nombre de Universidad de Santo Tomás. Clemente VIII, elevó el territorio a archidiócesis en 1595, creando tres sufragáneas: Nueva Cáceres, que abarcaba el sur de Luzón y la península del Bicol, Nueva Segovia, al norte, y Cebú, que abarcaba las islas Visayas y Mindanao. Esta división eclesiástica se prolongará hasta el 27 de mayo de 1865 en que Pío IX crea la de Jaro, con territorios de la de Cebú e incluye los nuevos de las islas Panay, Negros, Romblón, Palawan y Joló, llegando hasta las más orientales islas llamadas Marianas, en honor de Mariana de Austria, esposa de Felipe IV.

Se puede decir que si bien en esta etapa los españoles dirigieron totalmente la vida eclesiástica filipina, doce nativos alcanzaron el episcopado y se preparó clero indígena; así en 1753 el clero nativo estaba encargado de 142 pueblos con una población de 131.000 cristianos, que en 1780 son ya 345 sacerdotes de los que 95 son seculares, y en 1898 se alcanza la cifra de 675 sacerdotes filipinos.

La Ilustración en Filipinas

AL marcharse los españoles de Filipinas, ésta tenía una población de 6.559.998 habitantes, asistida espiritualmente por 675 sacerdotes seculares y 967 regulares, que en pocos años quedarán tristemente reducidos a doscientos cincuenta.

El dominio español procuró una vida pacífica a los habitantes del archipiélago, que en la urdimbre de la Cristiandad, se sentían un pueblo. La presencia española, en la forma de virreinato, limitó su acción bélica a la defensa del territorio de ataques de piratería y a sofocar algún conflicto interno, de tal manera que en el marco de la Guerra de los

Siete Años, que suponía la lucha por la supremacía colonial europea, Inglaterra aprovechó para su ocupación en 1763, con la ayuda de algunos alborotados rebeldes filipinos. Si bien el orden anterior fue restaurado, estos hechos supondrían el germen para la revolución filipina de 1896, para lo cual fue también necesario que el pensamiento ilustrado emponzoñara a una pequeña parte del pueblo filipino, especialmente criollos, ya asentado en locales reductos de poder, a raíz de su apertura comercial con Europa, en el siglo XIX.

Así las cosas, un grupo de intelectuales de clase media criolla, con Andrés Bonifacio a la cabeza, formaron el Katipunan, asociación secreta de progenie masónica cuyo nombre, en tagalo, es «Suprema y Venerable Asociación de los Hijos del Pueblo», en concordancia con las ideas ilustradas y que, mediante la lucha armada, pretendían sublevar al pueblo en nombre de la libertad y la soberanía popular y declarando la Primera República Filipina en 1898, en contra de la tradición cultural filipina. Estas revueltas fueron aprovechadas por EE.UU., que en el marco de la Guerra hispano-americana, se hiciera con el dominio de Filipinas, en el Tratado de París, iniciando así la Guerra filipino-estadounidense que terminó con la imposición del dominio americano, bajo el nombre de Mancomunidad Filipina. Al terminar el siglo, se produce la retirada de los españoles y la Santa Sede intenta atenuar sus consecuencias enviando obispos de habla sajona, tras el acuerdo del cardenal Rampolla con el presidente Taft. Es nombrado obispo de Cebú el agustino Hendrick; de Nueva Segovia, Denis J. Dougherty, y monseñor Frederic Zadock Rooquer, de Jaro; hallamos una excepción con el filipino monseñor Jorge Barlín, nombrado obispo de Nueva Cáceres.

En 1910, Pío X, reorganiza las diócesis en función de las necesidades demográficas, quedando finalmente establecidas en 1934 en dos grandes provincias eclesiásticas: Cebú, que comprende todas las provincias del sur, y Manila, que comprende Lingayen, Lipa, Nueva Segovia, Nueva Cáceres y Tuguegarao, ya que la población, en su gran mayoría cristiana crece, pero es atendida por pocos sacerdotes, pues la formación de los mismos se hace difícil y su traslado también.

Pero el tiempo de paz se vería truncado otra vez durante la segunda guerra mundial, en la que el ejército japonés provocó innumerables muertes, especialmente en la sangrienta batalla de Manila. Para cuando las tropas aliadas hubieron derrotado a los japoneses en 1945, más de un millón de filipinos habían muerto. Finalmente, el 4 de julio de 1946, Filipinas alcanzó su independencia del gobierno estadounidense. Tras los gobiernos de Ferdinand Marcos y la Tercera República Filipina, el archipiélago

cuenta hoy con nueve archidiócesis, 26 diócesis, 10 prelaturas, cuatro vicariatos apostólicos, un vicariato castrense, 1.633 parroquias, nueve arzobispos, 39 obispos, dos prelados, 1.773 sacerdotes seculares y 2.177 religiosos. Existe un sacerdote para 6.686 habitantes, de los que 5.472 son católicos. Los catorce seminarios mayores cuentan con 1.012 alumnos, y los treinta menores con 3.148 alumnos.

Situación actual de la Cristiandad en Filipinas

Los problemas pendientes de la Iglesia filipina son muchos y graves, ya que proliferan las sectas, la población está en continuo aumento y del 86% de la misma, que es católica, tal vez un 40% muere sin sacramentos por la escasez de clero.

Algunos grupos indígenas siguen practicando antiguos ritos tribales que sincretizan con el cristianismo, fenómeno que no es exclusivo de algunas zonas de Asia, sino que también se da en lugares de Sudamérica. El principal problema para atajar el problema es la falta de sacerdotes que atiendan a la población, que por otro lado está situada en la zona más montañosa y de difícil acceso, pues en muchos casos, la atención ministerial y la distribución de sacramentos se hace imprescindible para que la gracia abunde en donde en ocasiones falta la formación, también por falta de medios humanos. Son además territorios que han sido incesantemente castigado por desastres naturales, como el grave tifón de 2013 que se cobró ocho mil muertos y que tantos testimonios de fe ha arrancado de su castigada población, pobre en recursos y rica en la fe, como ha recordado el Santo Padre estos días en su reciente visita. Es por este motivo que Filipinas se presenta como un pueblo unido en la fe, especialmente congregado en la Eucaristía, que aprecian con una devoción desbordante y que prepara con auténtica devoción el Congreso Eucarístico Internacional del próximo año, como ya lo hiciera en 1937. Así, el Secretario General de la Conferencia Episcopal de Filipinas, padre Marvin Mejía, informó que «los obispos filipinos están emocionados e inspirados por un nuevo viento del Espíritu Santo, están deseosos de poner en práctica las palabras del Papa». Esta visita ha aportado, como también lo hizo la de Juan Pablo II hace veinte años y la de Pablo VI, cuyo atentado en 1970 en Manila causó conmoción, un anuncio de caridad y unidad del pueblo filipino, alertando sobre las «estructuras sociales que perpetúan la pobreza, la ignorancia y la corrupción», cuya superación sólo pasa por la defensa de la familia y la vida como lo recordó la encíclica *Sollicitudo rei socialis* de Juan Pablo II.

El Santo Niño de Cebú y el misionero san Pedro Caluñgsod

M. G.

EL Santo Padre fue recibido y calurosamente acogido en Filipinas por una multitud de católicos, que bajo el amparo del Santo Niño de Cebú, portaban su santa imagen.

El pueblo filipino es un pueblo joven, numeroso y profundamente católico. Las adversidades que han azotado a los tagalos a lo largo de la historia, desde conflictos bélicos como la matanza de Manila en la segunda guerra mundial, o los desastres naturales que lo han golpeado con contundencia, no han impedido la conformación del pueblo en el sufrimiento, siempre en presencia de Dios. La esperanza evangélica forma parte de la cultura del propio país, enraizada desde la época hispánica de santos misioneros, de manera que las desgracias sufridas se asumen y se aceptan con dolor, pero con una admirable visión trascendente, en concordancia con la ciudad de Dios agustiniana.

Si bien sufren con Cristo, los filipinos encuentran su consuelo en el Santo Niño de Cebú, que como niño, presenta la fisonomía propia de la inocencia de un niño que asume con naturalidad la Providencia divina. Esta imagen hallada, presenta un aspecto sorprendentemente parecido con el Niño Jesús de Praga, pues no en vano, parece fue hecha por artesanos flamencos, en fechas concordantes con las del otro honrado Niño de Praga.

La venerada imagen filipina fue traída por la expedición de Magallanes y sirvió como regalo para la recién bautizada reina indígena, el 14 de abril de 1521, como símbolo del legado cristiano que los agustinos, que llegaron en la primera ex-

pedición, se disponían a compartir y ofrecer a los nativos.

La imagen del Niño, constantemente trasladada entre Manila y Cebú, fue finalmente extraviada, tras una pugna entre las dos ciudades por tenerla como protectora. Transcurridos cuarenta años

desde su extravío, apareció milagrosamente intacta en una casa de Cebú, tras un incendio que asoló la totalidad de la población.

Desde entonces permaneció en Cebú, en una iglesia que fue edificada en su honor, en el lugar encontrada por el explorador Legazpi, hombre de fe y gran emprendedor, consciente de que sólo mediante la evangelización se llegaría a la cohesión del pueblo filipino y la convivencia pacífica, como así fue en líneas generales. A pesar de todo, existieron reductos de resistencia a la evangelización hispánica, entre los que se cuenta el jefe Chaorro de la aldea Tumón con el expresivo nombre Mata'pang, que asesinó al jesuita español Diego Luis de San Vitores, y al filipino san Pedro Caluñgsod, en 1672. Este último, que se cuenta entre los santos filipinos, fue un muchacho de fe e incansable catequista cuya

labor se desarrolló en las peligrosas islas del Pacífico occidental.

A pesar de lo difícil que resultaba la vida en aquellas islas agrestes y desprovistas de medios ordinarios para la vida, los misioneros, tanto jesuitas y laicos como san Pedro Caluñgsod, llevaban a cabo una incansable labor de catequizar y convertir a los nativos, mientras aceptaban una vida pobre y amenazada por los riesgos que re-



«Vestido como un rey, coronado y sosteniendo en sus manos el centro, el globo y la cruz, nos recuerda continuamente la relación entre el Reino de Dios y el misterio de la infancia espiritual» (Papa Francisco en Filipinas).



Los filipinos recibieron al papa Francisco en su reciente viaje mostrando la imagen del Niño Jesús de Cebú

sultaban de permanecer en una zona azotada permanentemente por ciclones y las amenazas de los opositores nativos.

Ante las multitudinarias conversiones, el comerciante chino Choco, el cual veía perturbado su poder territorial fáctico, extendió el rumor de que los cristianos ponían veneno en las aguas bautismales, para acusarles de las muertes de algunos neonatos, que se habían producido, lo cual llevó a la apostasía a algunos nativos ya bautizados, entre ellos Mata' pang.

El 2 de abril de 1672, domingo de Ramos, tras el oficio litúrgico propio de tan especial día, se produjo un asalto, al negarse Mata' pang a que bautizaran a su hija recién nacida. Buscando refuerzos, atacó brutalmente a los dos mártires. Pedro, joven y ágil, optó por no huir e intentó proteger al padre Diego, de tal manera que fue alcanzado mortalmente. El padre Diego corrió entonces la misma suerte.

El encolerizado asesino cogió el crucifijo del padre Diego y lo golpeó contra una piedra. Ligó entonces los cuerpos desnudos de los dos sirvientes de Cristo a unas grandes piedras y los arrojó al mar.

Los misioneros recordaban a Pedro como un muchacho perseverante y abnegado, catequista virtuoso, buen creyente y devoto de la Virgen María,

del cual, tras su muerte, exclamaron: «Un muchacho afortunado. Cuán bien premiados estos cuatro años de perseverancia al servicio de Dios en las dificultades de la misión: se hizo el precursor de nuestro superior, el padre Diego, en el cielo».

Fue beatificado por Juan Pablo II, el cual dijo del santo: «Desde su niñez, Pedro Caluñgsod se puso sin vacilaciones del lado de Cristo y respondió generosamente a su llamamiento. Los jóvenes de hoy pueden tomar motivación y fuerza del ejemplo de Pedro, cuyo amor a Jesús le inspiró a dedicarse a Él desde sus años de adolescencia, a enseñar la fe como catequista laico. Dejando su familia y amigos atrás, Pedro aceptó con gusto el desafío que le puso el padre Diego de San Vitores para unirse a él en la misión entre los chamorros. En un espíritu de fe, marcado por una fuerte devoción a la Eucaristía y a la Virgen, Pedro se comprometió en el trabajo difícil que se le ponía y con valentía se enfrentó a muchos obstáculos y dificultades. Frente al peligro inminente, Pedro no abandonó al padre Diego, sino que como un "buen soldado de Cristo", prefirió morir al lado del misionero».

Caluñgsod fue canonizado por Benedicto XVI en la basílica de San Pedro del Vaticano, el 21 de octubre de 2012.

Mateo Ricci y la evangelización de China

ANTONIO PREVOSTI

HACE ya algún tiempo que se habla en la Iglesia de la posible beatificación del padre jesuita Mateo Ricci, evangelizador de China, precursor de los estudios sinológicos entre los europeos y reconocido en la propia China, hasta entre los no católicos, como uno de los occidentales que más han sabido penetrar en su cultura e incluso producir obras dignas de mención en la historia de su literatura. Sin embargo, durante mucho tiempo su nombre ha provocado recelos en la Iglesia, por su asociación con la querrela de los ritos, que terminó, un siglo más tarde de su muerte, con la condena por Roma de varios aspectos de los métodos de evangelización que usaban los jesuitas en China, en cuyos inicios se encuentra precisamente Mateo Ricci.

Pero ya en 1959, en su encíclica *Princeps pastorum*, Juan XXIII consideraba a Mateo Ricci ejemplar para el apostolado actual entre las clases cultas, «singularmente en las naciones de antigua y profunda cultura». Los papas Pablo VI y Juan Pablo II le rehabilitaron completamente, mientras que Benedicto XVI es «el papa que más lo ha estudiado y mejor lo conoce», según afirma el padre Gianni Criveller, uno de los responsables en su proceso de beatificación. En abril de 1984, Mateo Ricci fue declarado siervo de Dios, siendo abierta oficialmente su causa de beatificación en la diócesis de Macerata el 24 de enero de 2010.

Vida de Mateo Ricci

MATEO nació el 6 de octubre de 1552 en Macerata, ciudad floreciente en la Italia del Cinquecento, con sus trece mil habitantes, sede episcopal y universitaria, en territorio pontificio. Casi exactamente dos meses después, el día 3 de diciembre, moría san Francisco Javier en la isla china de Shangchuan, a pocas millas de la costa, sin haber logrado entrar en el Celeste Imperio. Mateo Ricci atribuirá a esta coincidencia de fechas un significado providencial, como un signo de su misión de llevar a cabo el deseo incumplido de Javier.¹

El mayor de trece hermanos, tuvo que espabilar-se por su cuenta, ya que su madre no podía casi ocuparse de él. Su padre, boticario y magistrado papal en Macerata, se encuentra también muy ocupado con los asuntos de la ciudad. Mateo es un muchacho sensible, tranquilo, pero despierto, observador, muy estudioso, metódico, constante y con una memoria prodigiosa. Más tarde elaborará incluso un método mnemotécnico, que pondrá por escrito, con el que impresionará a los sabios y letrados chinos.²

Desde que los jesuitas fundaron un colegio en Macerata, el año 1561, Mateo entró en él para completar su formación escolar. A los dieciséis años, sus padres le mandan a Roma a estudiar derecho, aunque el joven ya ha expresado sus deseos de ser sacerdote, que se ve obligado a posponer. Al cabo de tres años, en 1571, pide ser admitido por los jesuitas en el Colegio Romano. Al conocer su padre esta decisión, decide viajar a Roma, para devolverlo a la carrera secular. Mas, por el camino cae enfermo, y no puede proseguir. Viendo en ello una señal del cielo, se lo comunica a su hijo y le permite hacerse jesuita.

Su maestro de novicios será Alejandro Valignano, personaje que tendrá un importante papel en la vida de Ricci, pues lo veremos más adelante en China y en la India como superior de las misiones de la Compañía en Oriente. Tras el primer año de noviciado, su formación será muy completa. Uno de sus maestros será Cristóbal Clavio, S.I., gran matemático y astrónomo de su tiempo, cuyas lecciones le serán enormemente útiles más tarde, en China. Además, Mateo trabará amistad con jóvenes estudiosos de muy distintas naciones de toda Europa. Con algunos de ellos se carteará hasta el final de sus días.

En 1577, por fin, Mateo Ricci, aunque no ha terminado todavía sus estudios de teología, es aceptado para las misiones en Oriente. Para ello tiene que desplazarse a Lisboa. Sólo en esta ciudad se puede obtener el permiso para dirigirse a la India y a la China en calidad de misionero, y sólo navegando en

datos del resumen biográfico que ofrecemos están tomados de este libro.

2. V. la obra de J. SPENCE, *El palacio de la memoria de Matteo Ricci*. Tusquets, Barcelona, 2002.

1. J. HOFFMANN-HERREROS, *Matteo Ricci. Den Chinesen Chinese sein—ein Missionar sucht neue Wege*. Matthias-Grünwald-Verlag, Mainz, 1990, p. 8 y 16. Muchos



Mateo Ricci y Pablo Xu Guangqi en un grabado de la obra de Kircher, S.I.

bajeles portugueses se permite la travesía. Zarpará hacia la India en el mes de mayo de 1578, con trece jesuitas más. En su viaje a Oriente lleva consigo reliquias de santos, tierra de Jerusalén e incluso un crucifijo con reliquias de la vera Cruz. Llegará a Goa en septiembre, donde proseguirá hasta el fin sus estudios de teología. En otro asentamiento portugués en la India, Cochín, en 1580, Mateo Ricci será ordenado sacerdote. Por fin, en abril de 1582, abandona la India y llega a Macao, también colonia portuguesa, a primeros de agosto del mismo año. No es posible entrar en China sin una autorización oficial del gobierno chino. Los jesuitas esperan en Macao mientras se hacen todas las gestiones posibles para conseguirla.

Hacerse un chino con los chinos

EN Macao, Ricci se une a Miguel Ruggieri, jesuita como él, a quien había conocido en el barco de Lisboa a la India, y que tiene encargo de Valignano, entonces ya visitador general de las misiones de las Indias orientales, de estudiar chino y de comportarse ante los chinos con sus mis-

mos modos. El propio Ricci se dedica al estudio de la lengua china y a escribir, por orden de Valignano, una descripción lo más completa posible del reino de la China, todavía muy mal conocida por aquel entonces. Por fin, inesperadamente, llega el permiso para entrar en el país. El 10 de octubre de 1583, con su amigo Ruggieri, Mateo Ricci se traslada a Zhaoqing, ciudad cercana a Cantón. Ya nunca más volverá a salir de China.

Gobernaba a la sazón en el Celeste Imperio la dinastía Ming, y concretamente, el emperador Shenzong (al que se conoce también por el nombre de su reinado, Wanli). Éste no se interesaba particularmente por los asuntos de gobierno. En la corte tenían especial poder los eunucos, que constituían una especie de barrera en torno al emperador, algo que Ricci experimentará en más de una ocasión y deberá tener muy en cuenta. Además, por aquella época, Japón había ocupado Corea y existían fundados temores en China acerca de una posible invasión japonesa. También esto afectará a los jesuitas, que fácilmente serán vistos como sospechosos por el mero hecho de ser extranjeros.

La consigna de Valignano a Ricci y Ruggieri, por demás coherente con lo que Ricci había aprendido en la India, era, a fin de allanar el camino de la evangelización, hacerse un chino con los chinos: aprender el idioma, vestir como ellos y adoptar en lo posible sus modos y costumbres. Para presentarse como un monje, pues, al principio Ricci se vistió con la túnica de los monjes budistas y se rapó la cabeza y la barba. Pero al cabo de unos años fue advirtiendo que era un error identificarse con los budistas y que era mucho más conveniente aparecer como un letrado, con los ropajes de los mandarines confucianos. Este cambio va parejo con la creciente convicción de que el confucianismo es lo que más puntos de contacto ofrece para la introducción del cristianismo en China, y una posición más crítica frente al budismo y el taoísmo. Ricci se viste, pues, como un letrado, de seda púrpura y azul, vuelve a dejarse la barba y el cabello, e incluso se hace llevar en palanquín, para parecerse en todo a un mandarín, y conseguir el prestigio necesario para hacerse escuchar y ser tomado en serio. Hay que notar que para todo esto pide el permiso a sus superiores, que se lo conceden.

Labor evangelizadora de Mateo Ricci

EN Zhaoqing, Mateo Ricci y su compañero traducen al chino los primeros materiales catequéticos, los diez mandamientos, las oraciones principales y el Credo. Además, Ricci abre su biblioteca, con sus cuadros e imágenes, y

otros objetos curiosos, a los letrados chinos, con los que mantiene largas conversaciones que admiran a ambas partes. Ricci se da cuenta, por un lado, de las dimensiones de la cultura china y, por otro, del interés que despiertan los conocimientos que él puede aportarles. Llevado por esta idea, dibuja un mapamundi en el que reúne sus conocimientos geográficos. Este mapa, con nombres y texto en chino, del que se hicieron copias, que el propio Ricci fue mejorando y que incluso se publicará en 1602, será la primera carta de presentación de Ricci, por la que se ganó la consideración de Xitai, «gran sabio venido de Occidente».

Pasados unos seis años en Zhaoqing, Ricci, ahora acompañado por Antonio de Almeida, jesuita español, tiene que abandonar la ciudad y se traslada hacia el norte, a Shaozhou. Aquí pasará otros seis años, no sin incidentes, como el asalto nocturno a su casa, en cierta ocasión, en la que tuvo que saltar por la ventana y se lesionó un tobillo, de manera que hubo de cojear un poco el resto de su vida. Viajó a Macao para recibir tratamiento médico, y allí vio por última vez al visitador general Alejandro Valignano, que aprovecha la ocasión para ordenarle la composición de un nuevo catecismo en lengua china, siguiendo una táctica evangelizadora más suave y adaptada a la cultura y mentalidad de los chinos. La tarea constituye un verdadero reto. Para muchos términos del lenguaje cristiano no hay un equivalente chino adecuado.

También a instancias del visitador general, Ricci emprende la tarea de traducir al latín los llamados *Cuatro libros*, textos básicos en los estudios confucianos.³ La realización de estas traducciones fue un factor decisivo en su comprensión de la civilización, la mentalidad y las ideas éticas y políticas chinas, en las que se introdujo profundamente. Lógicamente, le ayudan también a resolver problemas con la traducción inversa, del latín al chino. Especialmente problemática resultó la cuestión de fijar una palabra para traducir nuestro vocablo «Dios». En los libros clásicos chinos, Ricci encuentra las expresiones *Tian* (lit. «Cielo») y *Shangdi* (lit. «Soberano Superior»), que son denominaciones para una divinidad suprema entre los dioses y espíritus a los que desde antiguo se daba culto. Ricci asume que se referían al Dios verdadero y los utiliza en sus textos, añadiendo también la expresión *Tianzhu* (lit. «Señor del Cielo»), que contribuía a destacar el carácter personal de Dios y a evitar una mala comprensión de «Cielo» en sentido naturalista o panteísta. Desgraciadamente, tras la muerte de Ricci se

3. Estos cuatro libros son: *Analectas*, *Mencio*, *Gran estudio* y *El justo medio* (en original: *Lunyu*, *Mengzi*, *Daxue* y *Zhongyong*).

produciría una dura polémica en torno a estos nombres, porque otros misioneros rechazaban las formas clásicas *Tiany Shangdi*, admitiendo solamente *Tianzhu* como denominación china inequívoca para Dios. Uno de los puntos discutidos en la querrela de los ritos fue precisamente ésta, y fue resuelta en favor del único nombre *Tianzhu*. Esto llevó a que la religión católica sea conocido hasta nuestros días en China como la «doctrina del Señor del Cielo», mientras que a los protestantes se los conoce como «cristianos».

Volviendo a nuestro misionero, Ricci comprende cada vez mejor que, dadas las características de la cultura y de la sociedad chinas, es necesario escribir para evangelizar: «más se hace en China con libros que con palabras». Hallándose ya en Nanchang, ciudad en la que abriría la tercera residencia jesuítica, escribe un opúsculo *Sobre la amistad* (*Jiaoyoulun*), en chino y en italiano, en un estilo sentencioso y aforístico, que fue muy del gusto de los chinos y tuvo un gran éxito. En una carta llega a escribir Mateo Ricci: «Esta *Amistad* me ha dado más crédito a mí y a nuestra Europa que todo lo que hemos hecho.»

La función de este escrito era, plausiblemente, preparar el terreno para la evangelización, en un doble sentido: por un lado justificar de algún modo la venida y la posición de los misioneros occidentales en China como fundada en amistad, y por otro lado mostrar a los chinos que existen nociones comunes y pensamientos comparables, es decir, que hay una comprensión mutua posible entre ellos y los europeos. Otras dos obras de Ricci representan los pasos siguientes en la tarea evangelizadora: en primer lugar, la presentación de verdades básicas para la religión pero alcanzables por la razón natural, en una obra de carácter más filosófico; en segundo lugar, una introducción a los misterios de la fe cristiana dirigida ya a los catecúmenos y a los conversos.

La primera de estas dos será precisamente el *Catecismo* que Valignano le encargara y que no saldrá a la luz hasta el año 1603, cuando Mateo se encuentra ya en Pekín. En esta obra, que según el padre Gianni Criveller, se funda en la convicción de la universalidad de la razón tomista,⁴ Mateo presenta sobre todo lo que podríamos llamar los preámbulos de la fe, es decir, verdades que pueden ser conocidas o defendidas con la razón natural, como la existencia de Dios, la creación, la inmaterialidad e inmortalidad.

4. Gianni CRIVELLER, Pontificio Instituto para las misiones Extranjeras *«Un libro fatto tutto di ragioni naturali. Il Catechismo di Matteo Ricci nel contesto della missione gesuitica in Cina»* en Matteo RICCI, *Catechismo*, Ed. San Clemente & Ed. Studio Domenicano, Bologna, 2013, p.23.

dad del alma, así como la reprobación del budismo, el taoísmo y las interpretaciones más modernas del confucianismo. La dificultad principal a la que Ricci se enfrentaba era el inmanentismo y la ausencia de la noción de la trascendencia entre los chinos. Todo su esfuerzo tenía que dirigirse a hacerles comprender que el mundo era creado y gobernado por la voluntad libre de un Dios inteligente, personal, completamente distinto del universo y de cualquiera de sus aspectos. Lo notable de la obra es su habilidad para expresar todo su pensamiento con un lenguaje y un estilo netamente chino y confuciano, impregnado del conocimiento de los antiguos libros chinos. Por otro lado, Ricci pretendía que su teísmo era coherente con el pensamiento de los sabios de la antigüedad china y que el neoconfucianismo posterior había corrompido u olvidado.

La otra obra que mencionamos es una *Doctrina cristiana*, en la que se reelaboran y completan aquellas primeras traducciones hechas en Zhaoqing. Se

publica en 1605 y su título en chino es *Tianzhujiaoyao*, *Lo principal de la doctrina del Señor del Cielo*. En cuanto al *Catecismo*, su título en chino, *Tianzhushiyi*, puede traducirse como *El verdadero significado de «Señor del Cielo»*.

Un sueño que había tenido en junio de 1595, navegando hacia Nanchang, le empuja a dirigirse hacia la capital del reino. Mateo interpreta que Dios lo quiere allí, pues le ha dicho «ve a esa ciudad; allí te ayudaré.» Con esta intención y pensando que debe evangelizar al mismo emperador, en el año 1598 abandona Nanchang y viaja por vía fluvial hasta Pekín. Por el camino realizará medidas geográficas y astronómicas que, por el cálculo de latitudes y longitudes le permitirán determinar la situación de ciudades y lugares, y así llega a la conclusión, hasta aquel momento todavía dudosa, de que la China que está pisando se identifica realmente con el reino de Cathay de que hablara Marco Polo. En Pekín hay temores de guerra y mucha animadversión hacia los

«Verán los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios» (Is 52,10).



«Ésta es la extraordinaria profecía que hemos escuchado en la primera lectura de hoy. Isaías anuncia la predicación del Evangelio de Jesucristo a todos los confines de la tierra. Esta profecía tiene un significado especial para nosotros al celebrar la canonización de un gran misionero del Evangelio, san José Vaz. Al igual que muchos misioneros en la historia de la Iglesia, él respondió al

mandato del Señor resucitado de hacer discípulos de todas las naciones (cf. Mc 16,15). Con sus palabras, pero más aún, con el ejemplo de su vida, ha llevado al pueblo de este país a la fe que nos hace partícipes de “la herencia de los santos” (Hch 20,32). En san José Vaz vemos un signo espléndido de la bondad y el amor de Dios para con el pueblo de Sri Lanka. Pero vemos también en él un estímulo para perseverar en el camino del Evangelio, para crecer en santidad, y para dar testimonio del mensaje evangélico de la reconciliación al que dedicó su vida».

Viaje apostólico del Santo Padre Francisco a Sri Lanka y Filipinas.

Misa de canonización del beato José Vaz

14 de enero de 2015

extranjeros. Ricci no es aceptado y, al cabo de dos meses se vuelve hacia la capital del sur, Nanjing, donde fundará la cuarta residencia.

En Nanjing prosigue su actividad de discusión y difusión del conocimiento filosófico y científico occidental entre los chinos. Allí se le unirá otro jesuita español, Diego de Pantoja, con quien finalmente volverá a Pekín para quedar allí hasta el fin de sus días. Diego de Pantoja (1571-1618) era nacido en Valdemoro, en la diócesis de Toledo. Existe una larga carta dirigida por Pantoja al entonces arzobispo de Toledo don Luis de Guzmán, publicada varias veces a partir de 1604 con el título *Relación de la entrada de algunos padres de la Compañía de Jesús en la China*, muy interesante para conocer las primeras misiones jesuíticas en dicho país.

Mateo Ricci llega por fin a Pekín, en 1601, tras un accidentado viaje por el Canal imperial. A la madrugada del día siguiente, custodiados por la guardia ecuestre y de infantería, los regalos que Pantoja había traído para ofrecer al emperador son llevados al palacio: una pintura representando a Jesucristo, dos cuadros de la Virgen María, una biblia, una cruz incrustada con perlas, dos relojes de campana, uno de ellos todo de oro, un prisma, un mapamundi, un aguafuerte representando San Lorenzo del Escorial, un clavicordio, etc. Con estos regalos y con otros servicios (como enseñar a algunos eunucos a mantener en marcha los relojes, tocar el clavicordio, informar al emperador sobre los ritos funerarios europeos, etc.), los misioneros se granjearon el favor imperial y fueron obteniendo derechos y privilegios muy necesarios para su misión: derecho de residencia en la capital, derecho de libre entrada y salida, el título de mandarín y, sobre todo, la posesión de una casa cerca de la puerta Xuanwu, que vendría a ser la residencia del sur, junto al lugar donde hoy se halla la catedral católica de Pekín.

Sin embargo, Ricci nunca llegó a ver al Hijo del Cielo en persona. Shenzong ya no recibía personalmente en audiencia. El trono se hallaba vacío cuando Ricci y sus compañeros se presentaban en palacio a ofrecer sus tributos o a solicitar algo al monarca. Las esperanzas de Ricci de llevar al emperador hacia la fe cristiana, con lo que ello podría significar para la conversión de China, se vieron una y otra vez defraudadas.

Con todo, llegaron a convertirse varios altos dignatarios y hombres notables. Destaca entre todos ellos un mandarín al que conoció el año 1600 en Nanjing, de apellido Xu, de nombre Guangqi, y que tomaría el nombre de Pablo al recibir el bautismo. Xu se interesa por todo lo que Ricci le aporta, pues es un buen matemático y también un experto en agricultura. Ricci y él emprenden la traducción al chino de los seis primeros libros de los *Elemen-*

tos de Euclides, los comentarios de Clavio y otros textos occidentales de carácter científico y técnico. Más tarde ayudará a otro jesuita a traducir al chino el tratado aristotélico *Sobre el alma*. Tras la lectura del *Catecismo* de Ricci, Xu Guangqi dará el paso definitivo y pedirá el bautismo. Xu colaborará y ayudará en muchos aspectos a Mateo Ricci y a las misiones jesuíticas. En la villa de Xujiahui (en dialecto local: Zikawei), donde él había nacido, hoy un barrio de la ciudad de Shanghai, dona tierras y casas a los jesuitas para establecer allí una residencia y construir una iglesia. Esta misión será uno de los centros de irradiación católica más importantes de la historia de China, y su iglesia es la actual catedral de Shanghai. En un parque público, a poca distancia de la catedral, se encuentra la tumba del «doctor Pablo», como lo llamaban los jesuitas de la época.

Se inicia la causa de beatificación de Ricci

EN 2010, se abrió la causa para su beatificación. Benedicto XVI había expresado el deseo de que Mateo Ricci y su amigo Xu Guangqi fuesen beatificados juntos. Por el momento, las dificultades en la diócesis de Shanghai parecen retrasar el avance de la causa.

Mateo Ricci murió en Pekín el 11 de mayo de 1610. Le correspondió a Diego de Pantoja, al quedar como superior interino de la residencia, ocuparse de los funerales y de su entierro.⁵ A propuesta de un erudito chino, Pantoja escribió un memorial al emperador Shenzong, solicitando un terreno para enterrar a Li Madou (éste es el nombre chino de nuestro Mateo Ricci). El asunto no tenía precedentes, pero la prudencia y diligencia de Pantoja y el renombre de Mateo Ricci consiguieron lo extraordinario: el emperador concedió una villa en el campo, de más de una hectárea, ocupada por un viejo templo, donde Mateo Ricci fue sepultado con gran solemnidad. El hecho no sólo representó un honor personal para Ricci y para Pantoja, sino algo de mayor alcance: «el reconocimiento por parte del emperador y sus importantes mandarines del propósito de esta nueva residencia y de la profesión de la fe cristiana, casi equivalente a la aprobación de la ley cristiana».⁶ El lugar pasó a ser cementerio de los jesuitas y aún hoy se puede visitar en el jardín interior de una escuela de formación del PCCh, en la calle Chegongzhuang, 6, distrito Xicheng, de Pekín.

5. V. ZHANGKAI, *Diego de Pantoja y la China (1597-1618)* Editorial de la Biblioteca de Beijing, Pekín, 1997, p. 109ss.

6. Palabras escritas por el padre TRIGAULT, S.I., seg. Zhang Kaiop. cit. p. 115.

La Iglesia de Corea, una Iglesia creada por laicos

GERARDO MANRESA

EL pasado mes de agosto, el papa Francisco, en su viaje a Corea beatificó a mártires coreanos que murieron *in odium fidei* en la península de Corea entre los años 1791 y 1888. Decía el Papa en su visita al pueblo coreano: «La beatificación de Pablo Yun Ji-chung y de sus compañeros constituye una ocasión para dar gracias al Señor que ha hecho que, de las semillas esparcidas por los mártires, esta tierra produjera una abundante cosecha de gracia. Ustedes son los descendientes de los mártires, herederos de su heroico testimonio de fe en Cristo. Son además herederos de una extraordinaria tradición que surgió y se desarrolló gracias a la fidelidad, a la perseverancia y al trabajo de generaciones de laicos. Ellos no tenían la tentación del clericalismo: eran laicos, caminaban ellos solos. Es significativo que la historia de la Iglesia en Corea haya comenzado con un encuentro directo con la Palabra de Dios. Fue la belleza intrínseca y la integridad del mensaje cristiano lo que impresionó a Yi Byeok y a los nobles ancianos de la primera generación; y la Iglesia en Corea mira ese mensaje, en su pureza, como un espejo, para descubrirse auténticamente a sí misma».

Todo empezó hace unos doscientos veinte años, en una época cercana a la de la Revolución francesa. Corea era entonces vasalla de China. En la corte del emperador, China acogía a europeos, especialistas en ciencias de la época, es decir, en geografía, astronomía, matemáticas... que a la vez eran especialistas en religión, porque eran sacerdotes católicos. Mientras el gobierno coreano cerraba herméticamente todas las puertas al exterior, jóvenes intelectuales coreanos, entusiastas de ideas nuevas y deseosos de servir a su país, se pasaban secretamente libros chinos, algunos de ellos cristianos.

Un tal Hong Yu-han, por ejemplo, que nunca recibió el bautismo, leyó varios libros cristianos ¡y desde el principio le conquistaron! Hasta el punto de tomar, por su cuenta, hábitos de oración; incluso celebraba, a su manera, una vez a la semana un «día del Señor» y ponía en práctica la caridad compartiendo generosamente sus bienes. San Andrés Kim, el primer sacerdote coreano, muerto mártir setenta años más tarde, dijo de él que fue «el primer coreano que practicó la religión cristiana», lo

cual no es del todo exacto, porque dos siglos antes, entre la tropa del ejército japonés invasor, varios misioneros extranjeros habían bautizado a coreanos, pero estos primeros cristianos desaparecieron sin continuidad.

Otro coreano, Yi Byeok, llegó más lejos. Fascinado de alguna manera por la religión cristiana que vislumbró en los libros, quiso saber más. Sin embargo, para saber más había que ir a China, a Pekín, y encontrarse allí con alguno de estos «sabios» occidentales. Para ello era del todo necesario formar parte del grupo de embajadores nombrados por el rey que iban, al final de cada año lunar, a mostrar lealtad al emperador de China y recibir de él el calendario del año siguiente. Como no era posible hacerse nombrar él mismo, tuvo la idea de dirigirse a un joven amigo de su edad que debía acompañar a su padre nombrado secretario de embajada. Ese amigo se llamaba Lee Seung-hun: tenía 27 años. Yi Byeok le mostró los libros que tenía y le pidió que fuera a buscar otros a Pekín. Incluso le aconsejó hacerse bautizar. Lee Seung-hun, después de un tiempo de vacilación, acabó aceptando. Y así fue como en Pekín se encontró con tres jesuitas: un portugués, el padre D'Almeida, y dos franceses, los padres Grammont y De Ventavon. Él hablaba coreano, ellos chino; él aprendió algunos caracteres chinos, ellos también: sólo se entendían por escrito. Él pidió el bautismo y fue el padre Grammont quien emprendió la preparación, una preparación esencial que no duró más que tres semanas. Finalmente los dos franceses le hicieron pasar un examen de catecismo... que fue satisfactorio. Pidieron entonces el consentimiento de su padre, que aceptó. Lee Seung-hun fue bautizado por el padre Grammont, que le puso el nombre de Pedro para que fuera la piedra angular de la Iglesia coreana. Era uno de los últimos días de enero de 1784. Cuando regresó a Corea, llevaba los brazos llenos de libros de astronomía, matemáticas, geometría... y religión.

Yi Byeok estaba encantado. Él y sus amigos se lanzaron de cabeza al estudio de la religión cristiana, hasta tal punto que a principios del invierno de ese mismo año 1784, Pedro Lee consideró que podía bautizar a los tres más avanzados, entre ellos Yi Byeok. Poco después, otro grupo recibió el bautis-

mo, y otros más después. Los primeros bautizados daban el bautismo a los catecúmenos, cuando los consideraban preparados, y les invitaban a formar lo que ahora se llamaría comunidades de base.

En seguida, los libros más importantes, muchos de ellos libros de oración, se tradujeron al coreano y se difundieron ampliamente. Porque estos nuevos cristianos tenían espíritu misionero: con melodías tradicionales hacían pasar el mensaje, inventaban historias alegóricas,... ¡para los pequeños!

¡Y maravilla! ¡Las comunidades crecían aquí y allá como setas, sin la presencia de ningún misionero!

Pero rápidamente también, se murmuró en los medios oficiales que elementos peligrosos se reunían secretamente y podían alterar el orden público.

El asunto estalló un día cuando policías entraron en la casa de un tal Thomas Kim que reunía a los cristianos, en el centro de Seúl, en el lugar de la catedral actual. Habiendo escuchado ruidos desde el exterior, esos policías creyeron encontrarse ante una banda de traficantes que jugaba ilegalmente a juegos de azar. El asunto hizo mucho ruido: la comunidad fue dispersada y Thomas Kim enviado al exilio. En esta persecución de 1791 fueron martirizados Pablo Yun Ji-chung y sus 123 compañeros.

Pedro Lee (Lee Seung-hun) dio a conocer estas noticias al padre Grammont a través de otro amigo que formaba parte de la embajada siguiente. Este último volvió con todavía más libros, que fueron confiscados en la frontera por las autoridades. Los cristianos ya eran indeseables y empezaron las persecuciones...

Aquella naciente Cristiandad sufrió una dura persecución y estuvo a punto de ser aniquilada. Sin embargo, cuando en 1794 un sacerdote chino vino de Pekín encontró todavía ¡cuatro mil cristianos!, tan fervorosos que en poco tiempo su número se duplicó. En 1801 se produjo una nueva represión, y el sacerdote fue ejecutado con unos trescientos cristianos, entre quienes destacaba la noble figura de Juan Niou y su esposa Lutgarda.

La llegada de los primeros sacerdotes

TREINTA años después, se erigía un vicariato apostólico en Corea y se confiaba al Seminario de Misiones Extranjeras, de París. Pese a que en 1815 y en 1827 había habido nuevas oleadas de persecución, el número de cristianos sobrepasaba ya los seis millares. Al frente del nuevo vicariato iba a ser colocado un fervoroso misionero de China: Lorenzo José Mario Imbert. No fue el primero en llegar. Le habían precedido ya otros dos misioneros, llamados a compartir el martirio con él. Los dos franceses: Pedro Filiberto Maubant, nacido en

la diócesis de Bayeux, y Santiago Honorato Castán, nacido en la diócesis de Digne. El primero había venido directamente de Francia. El segundo había trabajado anteriormente en Siam. Inmediatamente pusieron manos a la obra. Ante todo fue necesario aprender la lengua coreana, tributaria del chino, pero con muchas analogías con los dialectos siberianos. Después se pusieron de lleno al trabajo apostólico.

Todo esto había que hacerlo con el mayor secreto. Atendían diariamente a quince o veinte personas: confesiones, bautismos, confirmaciones, matrimonios, etcétera, y tenían que retirarse antes de la aurora. Aun así, aquella vida no pudo prolongarse mucho tiempo. Dos años después de su llegada, el 11 de agosto de 1839, monseñor Imbert era detenido por los perseguidores.

Comprendió bien que había llegado el final de su vida. Y creyó un deber, para evitar apostasías a los fieles seguidores, invitar a sus dos compañeros a entregarse. La tarjeta enviada por el obispo, que era una invitación al martirio, llegó primero al padre Maubant, quien la transmitió a su compañero el padre Castán. Ambos obedecieron sin vacilar. Cada uno redactó una instrucción para uso de sus fieles y luego en común unas líneas dirigidas a toda la cristiandad coreana. Escribieron una breve memoria para el cardenal prefecto de Propaganda Fide y una carta a sus hermanos de las Misiones Extranjeras para encomendarles a sus neófitos. En esta carta es donde alegremente, como si quisieran aliviarles la pena, dicen que «el primer ministro Ni, actualmente gran perseguidor, ha hecho fabricar tres grandes sa-bles para cortar cabezas».

Un siglo de persecuciones

TODO esto llevaba la fecha del 6 de septiembre de 1839. Y una vez terminados los preparativos, los dos misioneros se unieron a su obispo. Los tres europeos comparecieron ante el prefecto y confesaron noblemente su fe: «Por salvar las almas de muchos, no hemos vacilado ante una distancia de diez millares de *lys*. Denunciar a nuestras gentes, y hacerles daño, olvidando los diez mandamientos, no lo haremos jamás, preferimos morir.» Aquel mismo día 15 de septiembre recibieron la primera paliza, con bastones. Otra les esperaba, después de un interrogatorio similar, el día 16. Por fin, el día 21 tuvo lugar el suplicio final.

Les desnudaron hasta la cintura, y les asaetearon cruelmente, de arriba a abajo, a través de las orejas, les colmaron de heridas y, por fin, los rociaron de cal viva. Después de obligarles a dar por tres veces la vuelta a la plaza, mostrándose al público que se bur-

laba de ellos, se les hizo arrodillarse. Los soldados empezaron a correr en su derredor y al pasar les golpeaban con su sable. El padre Castán se puso instintivamente de pie al recibir el primer golpe. Después se arrodilló junto a sus dos compañeros, que estaban inmóviles. Al poco tiempo, los tres habían muerto.

Pero no eran ellos solos. Poco después iban a perecer en aquella misma persecución otros muchos cristianos. Antes de la persecución, los misioneros se habían preocupado de ir preparando, en lo posible, un clero nativo. Cuando ellos murieron, el padre Andrés Kim se esforzó por conseguir que vinieran nuevos misioneros. En estos afanes le sorprendieron los perseguidores. Después de larga estancia en la cárcel, fue decapitado en 1846. El padre Kim fue canonizado por Juan Pablo II.

En la misma persecución murieron también diez catequistas y una muchedumbre de fieles. De entre ellos se escogieron unos cuantos, a quienes hoy veneramos en los altares: setenta y cinco héroes «nobles y plebeyos, jóvenes y viejos, mujeres ya maduras y jóvenes en la más florida edad, que prefirieron las cárceles, los tormentos, el fuego, el hierro, las cosas más extremas a trueque de no apartarse de la religión santísima. Para tentar su fe, los bárbaros verdugos recurrieron a los tormentos más refinados. Unos fueron ahorcados, a otros les rompieron las piernas, otros fueron azotados hasta la muerte, otros quemados con planchas ardientes, otros enterrados vivos en nichos para que murieran de hambre, y así todos cambiaron esta vida por otra inmortal y feliz. Tantos y tan crueles suplicios los sufrieron todos con invicta fortaleza».

za». Tales son las palabras del papa Pío XI, en el decreto de beatificación. Porque, como decía aquel decreto, aquella muchedumbre, en la que había incluso niños de quince y trece años, «mostró tanta constancia en profesar la fe, que en manera alguna pudo la rabia de los perseguidores llegar a vencerla. Ni las cárceles largas y horribles, ni los tormentos crudelísimos, ni el hambre y la sed, con la que ellos eran probados, ni otros horrendos suplicios, ni el terror y los halagos de los jueces impíos, ni la edad juvenil o propecta, ni el amor materno, ni la piedad filial, ni el dulce yugo del matrimonio, fueron capaces de superar la fortaleza y firmeza de aquellos mártires».

No es extraño que muy pronto se extendiera por todo el mundo la fama de su admirable ejemplo. Por eso, el papa Pío XI, superando las dificultades de tipo jurídico que se oponían a su beatificación, los beatificó solemnemente en 1925. Su sangre, como siempre ha ocurrido, fue semilla de nuevos cristianos, y hoy Corea, al menos en su parte sur, libre del comunismo, es una de las cristiandades más florecientes y esperanzadoras de todo el Extremo Oriente.

La fidelidad de los cristianos coreanos continuó sin que las persecuciones que sufrieron a lo largo del siglo XIX, hasta 1882, perturbara su fe. A lo largo de un siglo de persecución más de diez mil personas de todas las edades, de las cuales sólo diez eran extranjeros, dieron su vida por Cristo.

Esta epopeya de los mártires coreanos es una fuente de inspiración y renovación para la Iglesia de Corea, que dedica el mes de septiembre al culto y a la peregrinación a los lugares del martirio.

Hay Iglesias en Asia que viven en circunstancias difícilísimas y «están sufriendo intensas pruebas en la práctica de la fe». Los padres sinodales se conmovieron por los relatos de testimonio heroico, perseverancia inquebrantable y crecimiento continuo de la Iglesia católica en China; por los esfuerzos de la Iglesia en Corea del Sur para prestar asistencia al pueblo de Corea del Norte; por la humilde firmeza de la comunidad católica en Vietnam; por el aislamiento de los cristianos en lugares como Laos y Myanmar, y por la difícil coexistencia con la mayoría en algunos estados donde predominan los musulmanes.

(...) No puedo dejar de mencionar a los santos y mártires de Asia, no sólo los declarados tales, sino también los que sólo Dios conoce. Su ejemplo es fuente de «riqueza espiritual y un gran medio de evangelización». Con su silencio hablan de una forma aún más fuerte de la importancia de la santidad de vida y de que es preciso estar dispuestos a dar la vida por el Evangelio.

San JUAN PABLO II: exhortación apostólica *Ecclesia in Asia*

El primer Carmelo de Oriente

MARTA GARCÍA

TODOS los que conocen a santa Teresita de Lisieux, patrona de las misiones, establecen un vínculo entre ella y los carmelos de Extremo Oriente. Pero no todos conocen que ese vínculo se estableció mucho antes de su entrada en el Carmelo de Lisieux el 9 de abril de 1888.

Un cúmulo de circunstancias

INDOCHINA francesa,¹ (1844); monseñor Lefebvre, misionero francés en esas tierras se encuentra en prisión condenado a muerte por el emperador Tien Tri. Encadenado como san Pablo o como más tarde lo estaría en aquella región el cardenal Francisco Javier Nguyen van Thuan,² pasaba los días orando a la espera de su ejecución. Pedía a Señor la gracia de un monasterio contemplativo, un grupo de almas orantes que se inmolaran por aquella misión y cesasen las sangrientas persecuciones contra los misioneros de Annam³. En esas condiciones, asegura haber oído a santa Teresa de Ávila, de la que era gran devoto, decirle: «Estableced el Carmelo en Annam. Dios será grandemente servido y glorificado».

En estas circunstancias, monseñor Lefebvre recibe el anuncio de la profesión de su prima, bajo el nombre de sor Filomena de la Inmaculada Concepción, en el Carmelo de Lisieux, el 8 de febrero de 1846. Después de algunas peripecias y de tres años de cautiverio, el misionero es puesto en libertad. Escribe entonces a su prima invitando a las carmelitas de Lisieux a fundar un Carmelo en su vicariato. A pesar de que el Carmelo normando no cuenta más que con once años de existencia, la madre superiora no duda ante esta insólita llamada. De esta manera, encarga a sor Filomena que conteste a su primo que nada había en las Constituciones que pudiera oponerse a tal proyecto y que

su comunidad estaba lista para responder. La rápida aceptación de la madre Genoveva, superiora de Lisieux, revela el admirable espíritu misionero del Carmelo. Éste había sido fundado por el abad Pierre Sauvage sensibilizado por las misiones en Asia en las que varios sacerdotes de su diócesis habían sido martirizados.

Sin embargo, la persecución religiosa y la fragilidad de la situación política debido a los enfrentamientos entre las tropas francesas y el emperador Tu-Duc, no permiten la partida de las religiosas hasta 1861. La espera habrá sido de once años.

La partida de las fundadoras (1 de julio de 1861)

SON cuatro. Entre ellas, por supuesto, la prima de monseñor Lefebvre, sor Filomena, que es nombrada priora. Su partida no pasa desapercibida. Los 86 carmelos de Francia están al corriente y cada uno colabora según sus posibilidades. Los periodistas de la época se hacen eco de la noticia y exaltan la heroica valentía de estas «aventureras de Dios en la Cochinchina (región situada al sur del actual Vietnam, colonia francesa de 1887 a 1949)»⁴.

Se trata de una gran primicia: un Carmelo francés va a fundar en Asia. Las carmelitas constatan: «el más pequeño y pobre de los carmelos ha sido escogido para implantar la orden en Annam». Las hermanas embarcan a principios de julio desde el puerto de Toulon. Llegan a Saigón el 9 de octubre. El viaje dura cien días. En una de sus primeras cartas, la madre Filomena escribe: «El 9 de octubre, pisamos la tierra de Annam, esta tierra impregnada de la sangre de tantos mártires. Se ha convertido ya en nuestra patria bien amada».

Fundación heroica

EN 1861, no puede decirse que Saigón sea una ciudad. Se trata de una aglomeración de cuarenta pueblos donde únicamente la ciudadela está construida con materiales resistentes.

1. Federación francesa formada por cuatro protectorados y una colonia (1887–1954). Actualmente, Camboya, Laos y Vietnam.

2. Francisco Nguyen van Thuan (1928–2002), cardenal vietnamita. Fue hecho prisionero a causa de su fe bajo el régimen comunista de Vietnam. Permaneció trece años en la cárcel, de los cuales nueve en aislamiento total.

3. Región situada en el centro del actual Vietnam, protectorado francés de 1884 a 1948.

4. Periódico *Le Normand* 7/12/1861

te; el resto son únicamente cabañas de paja. Todo está por hacer.

Monseñor Lefebvre recibe a las religiosas radiantes en su nuevo «convento»: una amplia cabaña dividida en dos por un pasillo; de un lado las carmelitas, y del otro, las hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl llegadas unos meses antes.

La festividad de santa Teresa de Ávila marcará el inicio de la vida monástica en el nuevo Carmelo. Sin embargo, nada había preparado a las religiosas para las condiciones de vida que descubren: la barrera de la lengua, el régimen alimentario, el calor sofocante, la insalubridad del lugar y las continuas visitas de animales e insectos... Enseguida, la decepción hace acto de presencia: es imposible quedarse en este lugar bajo estas condiciones.

Otro golpe sacude a la comunidad que pierde al 50% de sus efectivos. Una de las hermanas se viene abajo y pide volver a Francia. Otra hermana, gravemente enferma, es urgida para retornar al Carmelo de Lisieux. Es entonces, en el momento de tristeza más profunda de la madre Superiora, cuando llega el auxilio y la fundación empezará a desarrollarse.

La construcción del Carmelo de Saigón (1862)

EN febrero de 1862, monseñor Lefebvre confía al padre Roy, misionero francés expulsado de Cochinchina, la misión de construir un nuevo Carmelo. Ordenó tomar los setenta mil ladrillos de la ciudadela desmantelada por los franceses, cuarenta mil tejas y cuatrocientos bloques de piedra y se erigió en arquitecto y constructor frente a los obreros autóctonos que dirigía. Tres meses más tarde, el convento está construido. El 27 de junio de 1862, en la fiesta del Sagrado Corazón, el Carmelo de Saigón se erigió canónicamente. Se acaba de dar un gran paso.

El padre Roy no fue únicamente constructor: se empleó a fondo en la formación de cinco postulantes annamitas que no sólo ignoraban el francés sino también el latín para rezar el oficio divino. El 1 de octubre de 1862, ya eran siete. Varias de ellas procedían de familias perseguidas o martirizadas. En noviembre de 1863, el Carmelo cuenta con catorce postulantes, a menudo analfabetas. En abril de 1866, son diecinueve. La atmósfera que rodea al Carmelo ha cambiado. La población venera a las carmelitas.

En 1865, llegan tres religiosas francesas de refuerzo y el Carmelo amplía la construcción. El año 1876, la capilla está finalizada y se procede a su bendición, a la que acuden dos mil personas. En 1882, con ocasión del tercer centenario de la muerte de santa Teresa de Ávila, se celebran una novena y un triduo en los que es necesario rechazar peticiones de admisión debido a la gran afluencia de fieles.

La madre Filomena, deseosa de fundar otro Carmelo en Hanoi, a petición del vicario de la diócesis, prepara la fundación. Tras 34 años de vida misionera, su vida se apaga el 23 de julio de 1895 a los 75 años. Unos meses más tarde, en octubre del mismo año, se funda el Carmelo en Hanoi.

Santa Teresita y la misión de Saigón

REINA en Francia en aquella época un gran ardor misionero y prueba de ello es la fundación de la Propagación de la Fe (por María Paulina Jaricot), la Obra de la Infancia Misionera (por monseñor Carlos A. Forbin Janson) y de la Obra de San Pedro Apóstol (por Juana y Estefanía Bigard).

Teresa Martin nace en una familia profundamente misionera. Sus padres soñaban con tener un hijo misionero y, cada año, ofrecían una limosna para la Propagación de la Fe. Ella misma recuerda en sus *Manuscritos* que a la edad de ocho años: «sacaba de mi hucha para entregarlas en determinadas fiestas solemnes a la Obra de la Propagación de la Fe.»⁵ Estando en el colegio de las benedictinas, le gustaba recordar a los misioneros de la siguiente forma: «Me gustaba mucho ir con las religiosas a todos los oficios. Llamaba la atención entre mis compañeras por un gran crucifijo que me había regalado Leonia y que llevaba puesto en el cinturón como los misioneros.»⁶

A los quince años, Teresa inicia su subida al Carmelo en el convento de Lisieux. Allí, se impregna todavía más del espíritu misionero que también reina en este Carmelo. Una de las religiosas de Saigón, sor Ana del Sagrado Corazón, venida a Lisieux por voluntad propia, estará en contacto con Teresa durante siete años.

La comunicación epistolar con el Carmelo de Saigón es intensa y va más allá del simple intercambio de cartas. Se envían algunas poesías de la Santa a Saigón y la superiora habría contestado diciendo que recibirían con gran alegría a su autora. Al inicio de 1894, Teresa escribe a su prima Celina Maude-londe y le cuenta: «La priora del Carmelo de Saigón nos ha enviado un gran número de objetos chinos (...). Nuestra Madre ha pensado hacer con ellos una rifa a beneficio de nuestra comunidad».⁷

Santa Teresita del Niño Jesús siempre pensó en su vocación misionera: «Yo no vine al Carmelo para vivir con mis hermanas, sino sólo por responder a la llamada de Jesús. Intuía claramente que vivir con las propias hermanas, cuando una no quie-

5. Manuscrito autobiográfico A, cap.III

6. *Ibidem.*, cap.IV

7. Carta 159, 29/03/1894



re hacer la menor concesión a la naturaleza, iba a ser un motivo de continuo sacrificio»⁸ y lo explica detalladamente a la madre María de Gonzaga en el último manuscrito⁹. En ese pasaje, reconoce Teresa también la fragilidad de salud: «Para vivir en los carmelos extranjeros –usted, Madre, me lo dijo– hay que tener una vocación muy especial. Muchas almas se creen llamadas a ello sin estarlo en realidad. Usted también me dijo que yo tenía esa vocación, y que el único obstáculo para ello era mi salud. Sé que, si Dios me llamara a tierras lejanas, ese obstáculo desaparecería. Por eso, vivo sin la menor inquietud.»

En una de las cartas al padre Roulland, vuelve a expresar su deseo de ir a Hanoi y la imposibilidad a causa de su salud: «Tal vez quiera saber usted lo que piensa nuestra Madre sobre mis deseos de ir a Tonkín¹⁰. Ella cree en mi vocación (porque, en realidad, para eso se necesita vocación especial,

y no toda carmelita se siente llamada a dejar su tierra), pero no cree que mi vocación pueda nunca realizarse; para ello sería necesario que la vaina fuese tan sólida como la espada, y quizás (nuestra Madre así lo cree) la vaina sería arrojada al mar antes de llegar a Tonkín. ¡La verdad es que no resulta nada cómodo estar compuestos de un cuerpo y de un alma! Este miserable hermano asno, como lo llamaba san Francisco de Asís, estorba con frecuencia a su noble hermana y le impide lanzarse adonde quisiera...»¹¹

Pero, incluso cuando estará gravemente enferma, continuará hablando de la hipótesis de su partida: «Me encantaría ir a Hanoi para sufrir mucho por Dios. Quisiera ir allá para estar completamente sola, para no tener consuelo alguno en la tierra. En cuanto a la idea de ser útil allí, ni siquiera se me pasa por el pensamiento, estoy completamente segura de que no haría absolutamente nada.»¹²

Es significativo que, estando ya muy enferma, tuviera colgada de las cortinas de su cama una reliquia del mártir de Tonkín, Teófilo Vénard¹³ y que, durante el calor del verano, se abanicara y espantase a las moscas con un abanico llegado del Carmelo de Saigón.¹⁴ Hasta el final de sus días, sus pensamientos se dirigen hacia Oriente. El 2 de septiembre, sor Genoveva (Celina) le dice: ¡Y pensar que aún te esperan en Saigón!, a lo que ella responde: «Iré, iré dentro de poco; ¡si supieras qué pronto haré ese viaje!»¹⁵

Ya tiene en mente «pasar el cielo, haciendo el bien en la tierra hasta el fin del mundo.»¹⁶ Santa Teresita no llegó a ir a las misiones... Pero a través de su beatificación en 1923, su canonización en 1925 y la proclamación por Pío XI –el Papa de las misiones– como Patrona universal de las Misiones (1927), estrechó los vínculos entre Lisieux y los carmelos de Asia (Hanoi, Phnom Penh, Bui Chu, Hué, Thanh Hoa, Bangkok, Phat Diem...). Éstos se desarrollarán de manera esplendorosa a partir de la pequeña semilla de Saigón. Otras dificultades aparecerán en 1975 con la llegada de los comunistas, pero eso ya forma parte de otra historia.

8. Manuscrito autobiográfico C, 8v°

9. *Ibidem.*, 9r°-10v°

10. Región del norte de Vietnam, protectorado francés de 1884 a 1948

11. Carta 221, 19/03/1897

12. Cuadernos amarillos 15.5.6

13. *Ibidem* 11.9.5

14. Cuadernos amarillos 30.7.11

15. *Ibidem* 2.9.5

16. *Ibidem* 17.7





IGLESIA PERSEGUIDA

Los católicos de China, héroes de la fe

A.B.

AYUDA A LA IGLESIA NECESITADA

ME gustaría empezar afirmando que la situación de la Iglesia católica en China es de una complejidad enorme, es una situación muy difícil en la que se han de evitar a toda costa los juicios y las condenas.

China es dos veces más grande que Europa y tiene mil trescientos millones de habitantes (tres veces más que Europa), de los cuales doce millones son católicos.

El Gobierno de China, afirma que el derecho a la libertad religiosa está garantizado en su Constitución, pero la consecuencia del poder absoluto del Partido Comunista Chino (PCCh) es que exige que la religión se adapte a su política. Sólo se reconocen oficialmente cinco religiones: budismo, taoísmo, islam, catolicismo y protestantismo.

Por un lado el PCCh, reconoce el creciente interés de las religiones en el pueblo chino e incluso que la religión aporta elementos armónicos a la sociedad. Por ejemplo, en el caso de los católicos, existe la idea de «buen católico, buen ciudadano». También es verdad que en los últimos años la Iglesia goza, respecto del pasado, de mayor libertad. Pero, por otro lado, siguen interfiriendo con mano de hierro en el funcionamiento interno en nombre del patriotismo bajo el principio «amor a la patria, amor a la Iglesia».

El derecho a la expresión religiosa no pertenece al individuo, sino que lo otorga el Estado y sólo lo pueden expresar las personas registradas y en los lugares registrados por la Administración Estatal de Asuntos Religiosos (AEAR). Cualquier tipo de expresión religiosa fuera de estos parámetros se considera delictiva. La realidad es que todas las religiones en China cuentan con una sección oficial y una sección no oficial.

Para llevar a cabo este control y garantizar que las distintas religiones se adhieran a la política del PCCh el Gobierno creó las Asociaciones Patrióticas para cada una de las religiones oficiales del Estado, en el caso del catolicismo, el organismo de control se denomina Asociación Patriótica Católica China (APCCCh).

Para poder cumplir con sus deberes (amor a la patria, evitar la influencia extranjera...) y hablar

en público, los obispos deben unirse a la APCCCh y ensalzar su objetivo que es establecer una Iglesia independiente de la Santa Sede. En teoría la pertenencia a la APCCCh es voluntaria, en la práctica quien no la acepta se considera ilegal.

Este organismo pretende crear una Iglesia autónoma e independiente, inconciliable con la doctrina católica que profesa que la Iglesia es «una, Santa, católica y apostólica». La «comunidad» y la «unidad» son elementos esenciales e integrales de la Iglesia católica, por tanto, un proyecto de una Iglesia independiente de la Santa Sede, es incompatible con la doctrina católica.

A su vez, este organismo obliga a las personas a asumir actitudes, realizar gestos y a adquirir compromisos que son contrarios a los dictámenes de su conciencia como católicos.

Por lo tanto, las personas que no quieren someterse a la autoridad del partido, están fuera de la legalidad y por ello, deben vivir su fe en clandestinidad. Todo esto ha causado divisiones y mucho sufrimiento.

El calvario

Los últimos años la comunidad católica china ha padecido arrestos, detenciones, sesiones de reeducación, destrucción de iglesias, prohibiciones de actividades religiosas, multas y consagraciones episcopales ilícitas. La elección del papa Francisco y el ascenso al poder del presidente Xi Jinping, considerado moderado, infundió esperanzas de cambio, pero en la práctica la situación se ha mantenido sin el menor cambio.

Sin embargo, las conversiones están creciendo de manera significativa, incluso en el seno del partido. En este sentido, algunos disidentes y activistas de derechos humanos, se están volviendo hacia la religión, especialmente hacia la cristiana. El PCCh teme que se produzca una alianza entre el activismo religioso y el activismo socio-político. A su vez, el cristianismo y el catolicismo son considerados como la «quintaesencia de Occidente», y el Vaticano y el Papa como «potencias extranjeras» que pretenden destruir China «so capa de religión».

Para asegurar el control de las religiones los departamentos de seguridad del Estado han recibido poderes más amplios para detener a sospechosos durante meses basándose en motivos de seguridad nacional, terrorismo o corrupción.

Por otro lado, los funcionarios del Gobierno no desaprovechan la ocasión para quedarse con las tierras de la Iglesia católica, expropiar, extorsionar, y especular con ellas. Los funcionarios locales, protegidos por sus cargos en el PCCh se embolsan los beneficios de negocios con propiedades de la Iglesia católica por un valor de trece mil millones de euros. El Gobierno central en los años ochenta aprobó leyes para la restitución de las propiedades confiscadas a sus legítimos dueños, pero muchos funcionarios las ignoran.

Para entender la situación actual de la Iglesia católica en China es imprescindible recordar la carta que el Santo Padre Benedicto XVI dirigió, en el año 2007, a los fieles de China en la que afirmaba que sólo hay una Iglesia y pedía muy respetuosamente que las autoridades del país garantizaran la libertad religiosa y dejaran a la Santa Sede la última palabra en el nombramiento de obispos, e invitaba a las autoridades y fieles al diálogo y a la reconciliación. La respuesta de la APCCCh fue nombrar tres obispos de manera ilegítima e impedir la difusión de la carta, se produjeron arrestos y sesiones políticas de mentalización y reeducación a sacerdotes «díscolos».

La indispensable unidad

EN la carta de Benedicto XVI recuerda que la unidad de la Iglesia católica se basa en una misma fe, en el Bautismo común, en la Eucaristía y en el Episcopado. La unidad del Episcopado del cual el Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, es el fundamento de la identidad de la Iglesia católica. Para la unidad de la Iglesia, es imprescindible que cada obispo esté en comunión con los otros obispos y todos con el Papa. Corresponde únicamente el Papa el nombramiento legítimo de un obispo.

En China hay personas no ordenadas e incluso no bautizadas que controlan y toman decisiones sobre importantes cuestiones eclesiales, incluido el nombramiento de obispos.

Hay obispos que han sido ordenados sin el mandato pontificio y no han pedido la legitimación necesaria. Son obispos sometidos a la obediencia del partido. Para la doctrina de la Iglesia, son ilegítimos, y el Código de Derecho Canónico (art. 1382) establece graves sanciones, tanto para el que ordena como para el que recibe la ordenación (excomunión).

Hay otros obispos que han recibido la ordenación episcopal sin el mandato pontificio, pero que después han solicitado que se les acoja en comunión con el Papa. El Papa considerando la complejidad de la situación y la sinceridad de sus sentimientos, les ha legitimado.

Por último, hay obispos que no quieren verse sometidos al control del Gobierno, que se mantienen fieles al Santo Padre y a la doctrina de la Iglesia, y que por lo tanto, han recibido su consagración clandestinamente. Estos obispos clandestinos, no están reconocidos por el Gobierno y les esperan duras condiciones de vida e incluso la prisión o su «desaparición».

A principio de 2013, con el anuncio de la abolición del *laojiao* (campos de trabajos forzados para «reeducar mediante el trabajo») y la reforma del código penal, por la que la policía no puede mantener a nadie en prisión sin cargos más de seis meses, muchos católicos esperaban que sus obispos y sacerdotes, presos sin cargos, quedarían libres. Esto no ha ocurrido.

Algunos casos

OBISPO James Su Zhimin. Nacido en 1932. Arrestado en Xinji en 1997. Desde entonces no se tienen noticias suyas.

Obispo Cosmas Shi Enxiang. Desde 1996 permanecía escondido hasta que lo arrestaron en Pekín en el año 2001. Desde entonces, no se tienen noticias suyas.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Febrero

General: Para que los encarcelados, en especial los jóvenes, tengan la posibilidad de reconstruir una vida digna.

Por la evangelización: Para que los cónyuges que se han separado encuentren acogida y apoyo en la comunidad cristiana.

Marzo

General: Para que quienes se dedican a la investigación científica se pongan al servicio del bien integral de la persona humana.

Por la evangelización: Para que se reconozca cada vez más la contribución propia de la mujer a la vida de la Iglesia.

Padre Joseph Lu Genju. Arrestado en 2006 en la estación de tren de Baoding cuando se iba a reunir con un amigo.

Mons. Julio Jia, se resiste tenazmente a adherirse a la APCCh, por lo que ha pasado más de quince años en prisión y es arrestado de forma rutinaria, sometido a torturas y sesiones de adoctrinamiento.

El padre Zhang Guangjun (diócesis Xuanhua-Hebei) fue arrestado, recibió brutales palizas y fue torturado por negarse a unirse a la APCCh. En esta misma diócesis, más de veinte sacerdotes han sido arrestados, torturados y obligados a asistir a clases de reeducación.

El padre Ma Wuyong y el padre Liu Honggeng, detenidos en Qingyuan.

El padre Chen Hailong fue detenido cerca de Pekín, estuvo en régimen de aislamiento en un lugar desconocido, donde sufrió una desnutrición que casi acaba con su vida. El padre Chen pintó en su celda el dibujo de la Eucaristía y pasó todo el tiempo rezando delante del mismo.

Cuatro miembros de la comunidad clandestina de Heze fueron arrestados y encerrados, privados de alimentos y bebidas para obligarles a afiliarse a la APCCh. Los cuatro siguen en prisión y hasta el momento se les ha denegado todas las visitas.

El padre Wang Chengli, de la diócesis clandestina de Heze ha sido condenado a dos años de reeducación mediante el trabajo. El Gobierno no

permite que reciba visitas de familiares ni de ninguna otra persona.

Monseñor Joseph Zan, obispo legítimo de Shanghai, murió bajo arresto domiciliario el 16 de marzo de 2014. Desde su nombramiento como obispo por san Juan Pablo II pasó el resto de su vida prisionero y el Gobierno nunca lo reconoció como obispo.

Monseñor Thaddeus Ma Daqin, nombrado por el Santo Padre como obispo auxiliar de Shanghai, al mismo tiempo que el Gobierno lo nombra obispo vicario de la diócesis. En el momento de su ordenación episcopal cita a Benedicto XVI y renuncia a la Asociación Patriótica Católica China. Desde entonces, las autoridades chinas lo mantienen bajo arresto domiciliario.

He comenzado describiendo la situación de la Iglesia católica en China de compleja y difícil pero también es justo añadir el adjetivo de sorprendente.

A pesar de las dificultades y restricciones, el número de fieles no ha dejado de crecer. En 1949 los católicos en China eran tres millones; ahora son doce millones. Se están produciendo muchas conversiones a la fe católica. Hay en el pueblo chino un despertar religioso. Durante años se ha impuesto la negación de Dios y el materialismo marxista, ahora hay una «gran sed de Dios».

Desde 1962 Ayuda a la Iglesia Necesitada da su apoyo a la Iglesia clandestina en China. Para mayor información www.ayudaalaiglesianecesitada.org

PORCENTAJE DE CATÓLICOS EN DIFERENTES PAÍSES DE ASIA

País	Habitantes	Católicos	% católicos
China	1.347.565.000	12.000.000	0,89%
Corea del Sur	50.005.000	5.450.545	10,90%
Filipinas	94.852.000	76.355.860	80,50%
India	1.236.687.000	9.893.496	0,80%
Japón	127.295.000	381.885	0,30%
Malasia	28.859.000	1.385.232	4,80%
Rusia	142.836.000	857.016	0,60%
Sri Lanka	21.045.000	1.283.745	6,10%
Tailandia	69.519.000	208.557	0,30%
Taiwan	23.299.700	326.196	1,40%
Vietnam	88.792.000	5.771.480	6,50%

Fuente: Informe 2014 sobre Libertad Religiosa en el Mundo. Ayuda a la Iglesia Necesitada.



Reformadora y fundadora

SANTIAGO ARELLANO HERNÁNDEZ

VENÍA dando sus frutos en España el proceso iniciado en tiempos de la reina Isabel y del cardenal Cisneros. La *devotio Christi* con obras como *La imitación de Cristo* más conocida como El Kempis, orientaron la religiosidad al encuentro personal con Dios y propiciaron la aparición de una hermosa serie de libros en romance (no en latín) que divulgaron el camino de la oración interior. ¡Qué fue la Universidad de Salamanca! En poco tiempo comenzaron a florecer santos que iban a transformar la mediocre realidad religiosa de España y aún más la desbaratada sociedad europea (por ejemplo: san Ignacio, san Juan de Ávila, san Pedro de Alcántara, san Juan de Dios, etc.). Son los santos los faros y pilares de la Iglesia en cada circunstancia, haciéndola renacer cuando más parecía apagada. Y ahí se sitúan santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz.

Nuestra Santa irrumpe en el entorno del Concilio de Trento (1545-1563). El *Libro de la vida* se escribió en 1562, la primera edición se perdió. Se volvió a redactar en 1565, que es la edición que conocemos. Cinco capítulos (32-36) dedica a contarnos la fundación de San José de Ávila.

Todo se inició en aquella cuaresma de 1554, (acababa de cumplir 39 años de edad), cuando contempló conmovida el rostro dolorido de Cristo. Su crecimiento espiritual se acelera. Recibe numerosas gracias a veces con visiones muy vivas de un Jesús tan cercano que le hablaba con naturalidad y sencillez. Una, espeluznante: la contemplación del infierno y la de las numerosas almas que se perdían. Fue un revulsivo. Desde ese momento sintió un deseo muy vivo de poner algún remedio. Aquí nace su vocación reformadora y al mismo tiempo de fundadora.

Como leeréis en el fragmento del capítulo 32 del *Libro de la vida*, fue el mismo Jesús quien le comunicó su deseo y hasta le sugirió que lo dedicase a San José, un hermoso detalle del Hijo hacia su Padre adoptivo. Pero, aun teniendo la certeza de la gracia, antepone la autoridad de la Iglesia y de las Escrituras.

No era tarea fácil, empezando por su situación personal, una celda amplia y con hermosas vistas y un excusar en las demás religiosas lo que al menos

externamente parecía relajación y favorecía el escándalo. La Santa sabía que la decisión tenía que suponer exigencia mayor. Su nuevo monasterio recuperaría la Regla primitiva del Carmelo, volvería a la austeridad, pobreza y exigencia de los fundadores. Nos cuenta en el cap.36: «Guardamos la Regla de nuestra Señora del Carmen, y cumplida ésta sin relajación, sino como la ordenó fray Hugo, cardenal de Santa Sabina, que fue dada a 1248 años, en el año quinto del pontificado del papa Inocencio IV».

La dificultad mayor provenía de que todos eran contrarios al proyecto: en el Carmelo, en la Jerarquía, en los letrados y hasta en el

pueblo. Sólo Jesús seguía en el empeño, un grupito de ilusionadas jovencitas, futuras monjas descalzas y una señora viuda, doña Guiomar de Ulloa que estaba dispuesta a ayudar con su patrimonio a levantar el nuevo monasterio. Maravilla ver cómo lo reconducía la mano directa de Dios, eso sí con grandes penitencias, oraciones y sufrimiento.

En 1560 todo estaba dispuesto pero no se fundó hasta el 24 de agosto de 1562. Teresa tuvo que permanecer un año en la Encarnación y durante unos meses en Toledo, dejando solas a las cuatro novicias que habían comenzado la nueva vida monástica. Su alegría llegó al enterarse de que una bula del papa





*Monasterio de San José
(Ávila)*

Eugenio IV autorizaba la fundación y que ésta nacía, al cabo de un tiempo, bajo el amparo del obispo de Ávila, don Álvaro de Mendoza.

El camino teresiano iniciaba su andadura. Estaban en germen las semillas que habían de florecer no sólo en España, sino en el mundo entero.

En el último párrafo del capítulo 36 advierte con voz profética:

«Y, pues el Señor tan particularmente se ha querido mostrar en favorecer para que se hiciese, paréceme a mí que hará mucho mal y será muy castigada de Dios la que comenzare a relajar la perfección que aquí el Señor ha comenzado y favorecido para que se lleve con tanta suavidad, que se ve muy bien es tolerable y se puede llevar con descanso, y el gran aparejo que hay para vivir siempre en Él las que a solas quisieren gozar de su esposo Cristo; que esto es siempre lo que han de pretender, y solas con Él solo.»

Capítulo 32 «9. Pensaba qué podría hacer por Dios. Y pensé que lo primero era seguir el llamamiento que Su Majestad me había hecho a religión, guardando mi Regla con la mayor perfección que pudiese.

10. Ofrecióse una vez, estando con una persona, decirme a mí y a otras que si no seríamos para ser monjas de la manera de las Descalzas (monasterio

en Madrid de franciscanas inspirado por san Pedro de Alcántara), que aún posible era poder hacer un monasterio. Yo, como andaba en estos deseos, comencelo a tratar con aquella señora mi compañera viuda que ya he dicho, que tenía el mismo deseo. Ella comenzó a dar trazas para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban mucho camino y el deseo que de ello teníamos nos hacía parecer que sí.

Mas yo, por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy a mi gusto y la celda en que estaba hecha muy a mi propósito, todavía me detenía. Con todo concertamos de encomendarlo mucho a Dios.

11. Habiendo un día comulgado, mandome mucho Su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San José, y que a la una puerta nos guardaría él y nuestra Señora la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor, y que, aunque las religiones estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas; que qué sería del mundo si no fuese por los religiosos; que dijese a mi confesor esto que me mandaba, y que le rogaba Él que no fuese contra ello ni me lo estorbare.»





Eucaristía y familia*

CARDENAL VELASIO DE PAOLIS

EL tema del acceso a los sacramentos, especialmente a la Eucaristía, por parte de los divorciados vueltos a casar ha sido objeto de reflexión en el Sínodo extraordinario de los Obispos celebrado en el mes de octubre de 2014. A este tema se refiere la propuesta n. 52, que dice lo siguiente:

«Se ha reflexionado sobre la posibilidad de que los divorciados y casados de nuevo accedan a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Varios padres sinodales han insistido a favor de la disciplina actual, en virtud de la relación constitutiva entre la participación en la Eucaristía y la comunión con la Iglesia y con su enseñanza sobre el matrimonio indisoluble. Otros se han expresado a favor de una acogida no generalizada en el banquete eucarístico, en algunas situaciones particulares y bajo condiciones muy precisas, sobre todo cuando se trata de casos irreversibles y relacionados con obligaciones morales para con los hijos, que acabarían padeciendo sufrimientos injustos. El acceso eventual a los sacramentos debería ir precedido de un itinerario penitencial bajo la responsabilidad del obispo diocesano. Hay que profundizar aún en esta cuestión, teniendo muy presente la distinción entre situación objetiva de pecado y circunstancias atenuantes, dado que “la imputabilidad y la responsabilidad de una acción pueden quedar disminuidas e incluso suprimidas” debido a diferentes “factores psíquicos o sociales”». (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1735)

El sentido de la propuesta

EL texto no ha tenido el número suficiente de adhesiones, o sea, dos tercios, por lo que no ha sido aprobado por el Sínodo; por tanto, no debería ser considerado un texto sinodal. Pero hay que decir inmediatamente que es difícil valorar el

significado de la votación. El texto se compone de varias partes no homogéneas, incluso contrapuestas, y además con motivaciones inadecuadas o no completamente apropiadas o, por lo menos, incompletas, de acuerdo con las fuentes doctrinales.

En efecto, la propuesta comienza con un dato de crónica: se ha reflexionado sobre el tema; después se refiere a una corriente de padres que están a favor de la disciplina actual, y a otros que están a favor de un cambio de la disciplina. El texto prosigue explicando en qué aspecto debería cambiar la disciplina actual, indicando también la responsabilidad que debería corresponder al obispo. Por último, concluye con una advertencia y una invitación a profundizar, sugiriendo también algunos elementos para ello. Por tanto, un eventual voto en contra o de aprobación del texto no se sabe bien a lo que se refiere.

Límites de la propuesta

LA propuesta se presenta con una formulación limitada. Se refiere a una categoría limitada de los que viven en una situación de unión irregular: los que están divorciados y se han vuelto a casar. Se trataría de una categoría que merecería, según la propuesta, una atención especial y excepcional por las situaciones particulares dignas de consideración que dicha categoría podría presentar, como de hecho el texto explica a continuación.

No es difícil encontrar en esas palabras algunos elementos significativos de la propuesta del cardenal Kasper. Pero ya hemos tenido ocasión de estudiar esa propuesta y de constatar que no se sostiene con ningún argumento válido. Por lo demás, esa propuesta ya era conocida por la autoridad competente, la cual la había estudiado y rechazado, al no encontrar en ella elementos que la pudiesen sustraer a la valoración conforme a los principios doctrinales de los documentos de la Iglesia, que ya hemos recordado. Por tanto, la hipótesis configurada en la propuesta sinodal ha sido examinada y valorada explícitamente; y se

*Palabras pronunciadas por el cardenal Velasio DE PAOLIS en la conferencia impartida el 26 de noviembre de 2014 en la facultad de derecho canónico de la Universidad San Dámaso de Madrid.

consideró que no merecía principios excepcionales porque entraba en la categoría de los principios generales, ya que, desde el punto de vista de la gravedad moral y en orden al acceso a la Eucaristía, la hipótesis planteada en la propuesta constituye en todos los casos una violación grave de la moral conyugal y de la disciplina de la Iglesia, que no puede permitir el acceso a la Eucaristía. Por este motivo, los documentos de la Iglesia no hacen nunca una distinción entre las diversas categorías de personas que conviven en uniones irregulares; las diversas hipótesis de personas que conviven irregularmente no se distinguen por lo que se refiere a la convivencia conyugal y al acceso a la Eucaristía.

Además, las condiciones en virtud de las cuales se pretendería una consideración particular para los divorciados vueltos a casar, pueden verificarse en todos aquellos que se encuentran en situaciones irregulares. Más aún, en algunos casos la situación podría agravarse; podría parecer un premio y una invitación a establecer nuevos vínculos.

Todavía podemos realizar una observación ulterior. La propuesta, al restringir la hipótesis a una categoría determinada, reconoce valor doctrinal y normativo a los documentos de la Iglesia que regulan la materia. Y, como la propuesta invita a una profundización, se pone de manifiesto cierta perplejidad sobre la misma propuesta. ¿En qué puede consistir esa profundización? No sobre el valor doctrinal y normativo de los documentos, sino sobre la posible excepción contenida en la propuesta. Y, ¿de dónde puede surgir la duda, sino del hecho de que la propuesta contiene una excepción a las dos condiciones esenciales para el acceso a la Eucaristía, ya que se verifica una violación grave de la ley moral natural y una situación personal no idónea para acceder a la Eucaristía?

En efecto, también en esta categoría de divorciados vueltos a casar están presentes las dos condiciones que impiden el acceso a la Eucaristía, lo que lleva a la autoridad eclesiástica a no poder actuar de otra manera, ya que la autoridad eclesiástica no puede disponer de la ley natural y divina: el respeto a la ley natural del matrimonio y la afirmación de la necesidad de la gracia santificante.

Las situaciones descritas podrían no permitir la separación de las dos personas que están conviviendo en una unión irregular, pero no requieren necesariamente la vida en común *more uxorio*¹ y la situación permanente de pecado.

1. También conocidas como uniones de hecho.

¿Disciplina, doctrina o magisterio?

OBSERVAMOS que la redacción del texto de la propuesta genera equívocos. Se habla de «disciplina actual» y de «una posible modificación de la misma», pero esto suscita alguna duda, que exige una profundización. En realidad, la normativa vigente no es simplemente una «disciplina actual», como si se tratase de una norma meramente eclesiástica, y no de normas divinas, sancionadas por el Magisterio, con motivaciones doctrinales y magisteriales que afectan a los fundamentos mismos de la vida cristiana, de la moral conyugal, del sentido y respeto de la Eucaristía, y de la validez del sacramento de la Penitencia. Nos encontramos ante una disciplina fundada en el derecho divino. No se subraya lo suficiente que los documentos de la Iglesia en esta materia no imponen obligaciones por parte de la autoridad, sino que afirman que la autoridad eclesiástica no puede obrar de otra manera, porque esta disciplina no puede ser modificada en sus elementos esenciales. La Iglesia no puede actuar de otra manera. No puede modificar la ley natural ni el respeto de la naturaleza de la Eucaristía, porque está en cuestión la voluntad divina.

La propuesta, en la medida en que prevé la posibilidad de admitir a la comunión eucarística a los divorciados vueltos a casar, constituye, de hecho, un cambio doctrinal. Y esto, contrariamente a lo que se viene afirmando de que no se quiere modificar la doctrina. Por otra parte, la doctrina, por su propia naturaleza, no es modificable si es objeto del magisterio auténtico de la Iglesia. Antes de hablar y de tratar sobre una eventual modificación de la disciplina vigente, es necesario reflexionar sobre la naturaleza de esa disciplina. Al abordar esta materia se debería, en primer lugar, reflexionar sobre esta doctrina y sobre el grado de firmeza de que goza; hay que estudiar bien lo que puede ser modificado y lo que no se puede modificar. La duda está insinuada en la misma propuesta cuando pide una profundización, que debe ser doctrinal y previa a cualquier decisión.

Nos podemos preguntar también si es competencia de un Sínodo de obispos tratar una cuestión como ésta: el valor de la doctrina y de la disciplina vigente de la Iglesia, que se han formado a lo largo de los siglos y están sancionadas con intervenciones del magisterio supremo de la Iglesia. Además, ¿quién es competente para modificar el magisterio de otros papas? Esto constituiría un precedente peligroso. Por otra parte, las novedades que se introducirían si fuese aprobado el texto de la propuesta serían de una gravedad inaudita:

a) la posibilidad de admitir a la comunión eucarística

rística con aprobación explícita de la Iglesia a una persona en estado de pecado mortal, con peligro de sacrilegio y de profanación de la Eucaristía;

b) se pone así en discusión el principio general de la necesidad del estado de gracia santificante para poder acceder a la comunión eucarística, especialmente cuando en nuestro tiempo se ha introducido o se está introduciendo en la Iglesia una praxis generalizada de acceder a la Eucaristía sin previa confesión sacramental, a pesar de tener conciencia de hallarse en pecado grave, con todas las consecuencias nefastas que esta praxis comporta;

c) la admisión a la comunión eucarística de un fiel que convive *more uxorio* significaría poner en discusión también la moral sexual, fundada particularmente en el sexto mandamiento;

d) además, de este modo se daría relevancia a la convivencia o a otros vínculos, debilitando de hecho el principio de la indisolubilidad del matrimonio.

Las motivaciones aducidas para conservar la disciplina vigente

EN relación con esto, la propuesta afirma lo siguiente: «Varios padres sinodales han insistido a favor de la disciplina actual, en virtud de la relación constitutiva entre la participación en la Eucaristía y la comunión con la Iglesia y con su enseñanza sobre el matrimonio indisoluble».

El texto no es muy claro y, en todo caso, es insuficiente porque no se pone de manifiesto la problemática implicada. No se trata sólo de razones disciplinares y, por tanto, no se trata sólo de cuestiones disciplinares para decidir de acuerdo con la mayoría, sino de una doctrina y de un magisterio inmutable

y, ciertamente, que desborda las competencias de un Sínodo extraordinario de obispos. En realidad, en este problema están implicadas cuestiones doctrinales de extrema importancia, a las cuales hemos hecho referencia en este estudio. Se debe explicitar que la razón próxima de la prohibición para acceder a la Eucaristía es sencillamente la condición en la que se encuentra el divorciado que convive maritalmente con otra persona: una condición de pecado grave objetivo. El hecho de que esta condición se deba al divorcio o al eventual nuevo vínculo civil no tiene relevancia sobre la condición moral que excluye de la Eucaristía: encontrarse en un estado permanente de violación de la norma moral de la Iglesia.

Profundizaciones

LA propuesta sostiene lo siguiente: «Hay que profundizar aún en esta cuestión, teniendo muy presente la distinción entre situación objetiva de pecado y circunstancias atenuantes, dado que “la imputabilidad y la responsabilidad de una acción pueden quedar disminuidas e incluso suprimidas” debido a diferentes “factores psíquicos o sociales”» (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1735).

El texto afirma la necesidad de profundización sólo desde un punto de vista, bastante débil. De hecho, se cita el *Catecismo de la Iglesia católica*, con el cual no se puede no estar de acuerdo. El problema consiste en saber qué incidencia puede tener ese número del *Catecismo de la Iglesia católica* en la problemática de la que aquí se trata. La primera fuente de la moralidad es la objetiva. Y es de la moralidad objetiva de lo que aquí se está tratando.

¡Proteged vuestras familias!

«Nuestro mundo necesita familias buenas y fuertes para superar estos peligros. Filipinas necesita familias santas y unidas para proteger la belleza y la verdad de la familia en el plan de Dios y para que sean un apoyo y ejemplo para otras familias. Toda amenaza para la familia es una amenaza para la propia sociedad. Como afirmaba a menudo san Juan Pablo II, el futuro de la humanidad pasa por la familia (cf. *Familiaris consortio*, 85).

»Así pues, ¡proteged vuestras familias! Ved en ellas el mayor tesoro de vuestro país y sustentadlas siempre con la oración y la gracia de los sacramentos. Las familias siempre tendrán dificultades, así que no le añadáis otras. Más bien, sed ejemplo vivo de amor, de perdón y atención. Sed santuarios de respeto a la vida, proclamando la sacralidad de toda vida humana desde su concepción hasta la muerte natural. ¡Qué don para la sociedad si cada familia cristiana viviera plenamente su noble vocación! Levantaos con Jesús y María, y seguid el camino que el Señor traza para cada uno de vosotros».

El papa FRANCISCO en Manila a las familias, 16 de enero de 2015

España, tierra del Rosario

SANTIAGO FERNÁNDEZ

LA advocación de María como Nuestra Señora del Rosario es una devoción muy universal, extendida desde hace siglos por todo el mundo. Y tanto su origen, con Santo Domingo de Guzmán, como su expansión, muy especialmente a través de la Orden de Predicadores tienen una honda influencia española. Con esta devoción pasa, referido a María, lo que nos dice san Juan al finalizar su evangelio: «Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir» (Jn 21:24-25).

Origen del Rosario

SANTO Domingo de Guzmán nació en Caleruega, provincia de Burgos, hacia 1170. Fue ordenado sacerdote en 1194, y siendo vicario general de la diócesis de Palencia, recibe el encargo del rey Alfonso VIII de Castilla, de acompañar al obispo de Osma, monseñor Diego de Acebes, como embajador para concertar en la corte danesa las bodas del príncipe Fernando. Por este motivo realizó diversos viajes, y en ellos conoció el daño que la herejía albigense estaba haciendo en el sur de Francia (esta herejía sostenía, en pocas palabras, que la materia era creación diabólica, y por tanto mala en sí misma; Jesús no se encarnó realmente, sino que tomó un cuerpo en apariencia, y por tanto la Virgen María no fue realmente Madre de Dios)

Así, convencido de que los cátaros debían ser convertidos al catolicismo, comenzó a formar la orden de los predicadores. El papa Inocencio III, en 1206, le nombró predicador entre los cátaros, y en 1206 establece una primera casa femenina en el Prouille (Francia). Debido a la naturaleza de la herejía cátara, no nos debe extrañar que fuese la mismísima Virgen María quien se apareciese a santo Domingo para confortarle en su misión y para proporcionarle el arma más eficaz para lograr la conversión de los corazones: el Rosario. Estaba Domingo en Prouille implorando la ayuda de la Virgen, cuando María se le apareció en una capilla con el rosario en la mano, le enseñó a rezarlo y le prometió que con este instrumento muchos se

convertirían. Y así fue, Santo Domingo predicó el Rosario y muchos volvieron a la fe católica. Simón de Montfort, mando del ejército cristiano y amigo de santo Domingo, encarga a éste que rece el rosario y enseñe a sus soldados a rezarlo antes de la decisiva batalla de Muret. Posteriormente, Simón de Montfort atribuyó la victoria a la intercesión de la Virgen, y construyó la primera capilla dedicada a Nuestra Señora del Rosario.

Batalla de Lepanto

EL 7 de octubre de 1571 tuvo lugar la victoria de Lepanto atribuida a la intercesión de Nuestra Señora del Rosario. La Cristiandad estaba en peligro, amenazada por el imperio turco. El papa san Pío V, había formado la alianza de los cristianos, contando con España, Venecia y Génova. Juan de Austria, hermanastro del rey de España, fue nombrado generalísimo. La flota cristiana era más pequeña que la turca, pero en la nave capitana ondeaban mejores armas: la Cruz y el Rosario.

El Papa, como buen dominico, y conocedor del inmenso poder del Rosario, exhortó a toda la Cristiandad a rezarlo. Durante la batalla se hizo una procesión del Rosario en Roma para pedir por tan trascendente victoria. En un momento dado, el Papa, que conversaba con unos cardenales, de repente los dejó, se quedó con los ojos fijos mirando al cielo y dijo: «No es hora de hablar más, sino de dar gracias a Dios por la victoria que ha concedido a las armas cristianas». Este hecho fue cuidadosamente atestiguado y documentado en aquel momento y durante el proceso de canonización de Pío V.

En gratitud por la victoria, Pío V instituyó el 7 de octubre la fiesta de la Virgen de las Victorias, y añadió la letanía «Auxilio de los cristianos» a las letanías del Rosario. Dos años después, en 1573 el papa Gregorio XIII cambió el nombre de la fiesta por el de Nuestra Señora del Rosario. Otro recuerdo entrañable de esta decisiva victoria nos queda en la catedral de Barcelona: el Santo Cristo de Lepanto, que se movió para esquivar una bala de cañón, y que tanta devoción tiene en Barcelona.



Batalla de Lepanto.
Mural de Tony Stafki.

Devoción popular a la Virgen del Rosario

Si el Rosario tiene las raíces españolas de su fundador, también en nuestras tierras ha actuado la Virgen de forma providencial para proteger a sus hijos. Fruto de esta protección y auxilio son tantas hermandades, cofradías, patronazgos, parroquias y mujeres que llevan su nombre en su honor.

La Virgen del Rosario es, por ejemplo, patrona de la ciudad de Cádiz: en 1730 la fiebre amarilla diezmaba la ciudad: tras invocar a la Virgen y terminar la epidemia, el regidor D. Simón Villalta propuso a la ciudad se acordase la asistencia de la misma todos los años a la función que en la iglesia de Santo Domingo se celebraba sacando la imagen del Rosario en la tarde del primer domingo de octubre, procesión que se venía celebrando de antiguo en recuerdo de la batalla de Lepanto. En la misma ciudad, ocurrió un maremoto en 1755: los padres dominicos y el pueblo sacaron la imagen de la Virgen del Rosario ante las encrespadas olas, que retrocedieron, calmándose el mar. Y, continuando en Cádiz, una imagen de la Virgen del Rosario es llamada «la Galeona» porque acompañaba a los buques de las flotas de Indias en los viajes a América.

La Coruña tienen también por patrona a la Virgen del Rosario; en mayo de 1589 la ciudad estaba asediada por un ejército inglés compuesto de ciento

veinte barcos y veintitrés mil hombres. Ante tal amenaza, los componentes de la Cofradía del Rosario, cuya sede era el convento dominico, ocupado por el enemigo, hacen solemne voto por el que ofrecen sustituir los actos festivos y lúdicos de integración de los nuevos cofrades por la confesión y la comunión, y se comprometen a celebrar misas en honor de Nuestra Señora. Los ingleses, viendo que no podían salir victoriosos, prenden fuego al convento, después destruyen las imágenes de la Virgen del Rosario y de los santos que se albergaban en la capilla y al día siguiente se hacen a la mar. Esta retirada fue el motivo de que el propio concejo de la ciudad formulase a su vez otro voto recogiendo el clamor popular e interpretando el general parecer de que La Coruña se libró de la destrucción por intercesión de la Virgen del Rosario. La ciudad volvió a invocar oficialmente a su Patrona en 1809, cuando una nueva amenaza se cierne sobre ella, esta vez la invasión de los franceses. El Ayuntamiento renueva el voto en las mismas condiciones que en el siglo XVI, pero se fija el día de la fiesta el 7 de octubre, día de la Virgen del Rosario, en la capilla aledaña al convento dominico. También en esta ocasión La Coruña se libró de ser arrasada. La Virgen del Rosario, patrona de la ciudad de La Coruña, fue coronada canónicamente el 11 de septiembre de 1960 por el cardenal Quiroga Palacios, legado pontificio del papa Juan XXIII.

«Si queréis que la paz reine en vuestras familias y en vuestra patria, rezad todos los días el Rosario con todos los vuestros». (san Pío X)

San Francisco Gil de Federich, misionero y mártir en Tonkín

JOSE ÁLVARO SÁNCHEZ-MOLA

ESTE sacerdote dominico, académico y mártir en el Vietnam mostró una entrega total a un ideal misionero, que mantuvo en condiciones adversas y capaces de engendrar el desaliento en el espíritu mejor dispuesto.

Francisco Gil de Federich, nacido en Tortosa el 14 de diciembre de 1702, era hijo de una de las familias más distinguidas de Tortosa y una de las más importantes del Principado de Cataluña. Habiendo recibido una formación cristiana excepcional por parte de la familia Gil de Federich, fue enseñado a perseverar en las tareas que iban a brindarle la salvación de su alma, y a resguardarse de lo que podía redundar en perjuicio de su vida cristiana. De pequeño, frecuentaba gustosamente la oración, devoción, mortificación y frecuencia de sacramentos. Se apartaba también de los muchachos de su época, dada la aversión de Francisco a las vanidades del mundo y el sumo cuidado que ponía en el negocio de su salvación.

La Orden de Santo Domingo tenía una importante presencia en las ciudades de Tortosa, Barcelona y Tarragona. La tradición docente de los dominicos era grande y reconocida por todos. Así, a los 15 años ingresó como estudiante en el convento de dominicos. No es de extrañar que Francisco se vinculara con esta orden dada la buena formación humana que recibió.

Años más tarde, Francisco se presentó decidido al procurador de los dominicos para las misiones en Extremo Oriente, con el fin de participar en la evangelización de Filipinas. Los superiores del convento y el mismo prior provincial consideraron impropio el movimiento del joven Francisco, y no accedieron a su petición, ya que no había finalizado los estudios y no estaba ordenado *in sacris*.

Fray Francisco era de los que saben esperar, y siguió estudiando y enseñando, dando muestras de una ejemplaridad meritoria para su edad. La meta más importante y próxima era la de hacerse digno de recibir las órdenes sagradas. En la comunidad vieron en él una madurez poco común y unas disposiciones y cualidades personales que le valieron la dispensa de los intersticios, recibiendo de manera prematura el orden sacerdotal el 29 de marzo de 1727.

No se puede entender la etapa evangelizadora de este santo sin conocer debidamente la formación y la maduración de este joven en sus años de residencia en Cataluña. Fue aquí donde se forjó como maestro de estudiantes del convento de Santa Catalina de Barcelona. Miembro de la Academia Literaria Barcelonesa, ingresó en la misma con la presentación de su trabajo «*Sobre la vida de Jesucristo desde los doce años hasta los treinta de su edad*», donde expuso de manera clara en qué se ocupaba Jesucristo antes del comienzo de su vida pública. Francisco decía que «Cristo probó en sí todas las miserias y penas que nos ocasionó el pecado de Adán [...], y una de aquellas penas era el comer el pan con el sudor de su rostro y su trabajo. [...] No es creíble que los padres de Cristo trabajaran para sustentarle y que Cristo no les ayudara».

Camino a las Indias Orientales

SU humildad religiosa no le permitía considerarse necesario en ningún sitio. Tanto es así, que cuando se presentó al procurador para las misiones en Filipinas, Gil de Federich reiteró su voluntad de inscribirse como voluntario, solicitud que los superiores no podían negarle. En aquella época había sobreabundancia de clero en España, y muchos de esos hombres de Dios tenían tal celo apostólico que deseaban poner rumbo a esas misiones tan lejanas, donde la falta de ministros era dramática. El padre Francisco quería también habitar entre infieles y, si era voluntad de Dios, morir mártir. Su familia y amigos trataron de disuadirlo de su decisión, pero él respondía así: «Cuatro años hizo ya que hice las diligencias para lograr esta empresa, y cuanto más la he encomendado a Dios, tantos mayores deseos he tenido de lograr el fin de esta empresa; si es voluntad de Dios o no, Dios lo sabe; y no me mueve otro fin sino el rehacer, con los muchos trabajos que me figuro, los años que he perdido ofendiendo a Dios».

Habiendo causado tan buena impresión en su paso por Barcelona, no iba a ser menor el reconocimiento en su primer destino: Filipinas. Pronto le



Martirio de san Francisco Gil de Federich (s. xx)

dieron una cátedra en la Universidad de Santo Tomás en Manila. El siervo de Dios expresó su voluntad de ir a las «misiones vivas», pero el provincial replicaba que le necesitaba allí donde estaba. Por más que le disgustara esa decisión, Gil de Federich supo interpretar la voluntad de Dios en las decisiones de sus superiores. El hecho de que le costara más que a otros alcanzar su objetivo le hizo apreciar y valorar más el verdadero alcance de la misión.

La misión del Tonkín

LA provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, donde se hallaba Francisco Gil de Federich, tenía especial predilección por sus misiones en el Tonkín, una zona donde ya no sólo se había expulsado a los misioneros sino que ahora se les perseguía. La provincia del Tonkín constituía una prueba muy dura, donde se arriesgaban vidas humanas. Se debía tener una fortaleza y un vigor espiritual que no todos poseían. Los superiores no podían poner en una posición tan comprometida a los frailes, a no ser que hubiera una voluntad firme por su parte. Los actos heroicos no se deben ordenar, pero se pueden sugerir. Al mismo tiempo, no podían dejar desatendidos a los misioneros que destinados en tierras norvietnamitas pasaban por ese angustioso calvario.

El padre Gil, ya como secretario de provincia, aprovechó la ocasión que se le brindó para obedecer la llamada que sentía de acudir a esa misión. En una

oportunidad pudo presentarse como voluntario para una aventura misionera, y no dudó en solicitar su participación. Finalmente, fue nombrado Francisco Gil de Federich misionero de Tonkín.

Parecía como si el padre Francisco quisiera recuperar el tiempo que las circunstancias o la Providencia misma parecían haberle escamoteado. Trabajador incansable, no dejó de catequizar, administrar sacramentos y de visitar enfermos. Las condiciones climáticas tan adversas de la zona no pasaban desapercibidas para este sacerdote misionero. En una ocasión, estando muy grave, acudió a socorrer la llamada de un enfermo diciendo: «Cuando Jesús estaba en la cruz, poco antes de morir, absolvió de sus pecados al buen ladrón. Debo correr a la cabecera del enfermo, cuanto más que yo no me encuentro en momento tan duro».

La persecución se acrecentaba y las zonas que parecían más seguras para los cristianos eran las que más sufrían. Francisco pareció entender que se acercaban momentos difíciles, y preparó a su comunidad de fieles para el horror de la persecución. En un momento inesperado y estando en casa en oración, fue acorralado y apresado por unos soldados mandarines.

El padre Francisco estuvo encarcelado largos años, y en ellos no dejó de aliviar a los demás presos y soldados. Con una notable paz interior, penetró con gran celo evangelizador en las almas de los familiares de soldados y tribunales que querían ajusticiarlo. La prisión estaba dando unos frutos apostólicos jamás soñados. La sentencia parecía que nunca llegaba, y aunque hubiera una voluntad firme de acabar con su vida, quiso Dios que este mártir siguiera administrando los sacramentos a cuantos se acercaban a él. Fue conminado en muchas ocasiones a apostatar, a pisotear y a golpear imágenes religiosas y cruces cristianas, pero los paganos no lo lograron.

Pocas alegrías tuvo el siervo de Dios en la cárcel y durante su largo cautiverio, salvo las puramente espirituales. Llegado el día de su sentencia, ni su disposición espiritual ni su serenidad podían ser mejores. Camino del calvario junto a un compañero sacerdote también sentenciado a muerte, rezaban y mostraban compasión por los soldados. Una vez en el lugar de la ejecución, los dos santos se dieron mutuamente la última absolución sacramental y se prepararon para la ejecución de la sentencia. Era un viernes, 22 de enero de 1745.

Francisco Gil de Federich fue beatificado por Pío X en 1906 y canonizado por Juan Pablo II el 19 de junio de 1988.



Pequeñas lecciones de historia

Edmund Campion (X): un prisionero muy especial

GERARDO MANRESA

LA captura de Campion fue el gran logro del Gobierno de Cecil. Todo el mundo se tenía que enterarse de ello y para el viaje del prisionero a Londres se preparó un letrero que le colgaron al cuello en el que se leía: *Campion, el jesuita sedicioso*. Así llegaron a la Torre de Londres donde se alojó. Siendo un prisionero de la mayor importancia fue tratado con extrema dureza. Así pasó los cuatro primeros días.

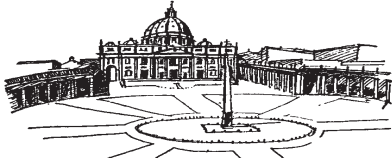
Al cabo de ellos se abrió la celda y fue conducido con gran vigilancia y llevado en barco río arriba a Leicester House. Así lo entraron en el palacio y lo llevaron a presencia de la reina Isabel, de Leicester y dos secretarios de Estado. Un encuentro singular: después de cuatro años de una gran relación, la situación había cambiado. Campion se había transformado de la gran esperanza de la Iglesia anglicana en el gran defensor de la Iglesia católica. ¿Habría aún posibilidades de cambiar su fe?

Tras las primeras preguntas sobre sus intenciones en su visita a Inglaterra, sobre las instrucciones de Roma, que él respondió que eran únicamente espirituales, para salvar almas, habló la reina: ¿la reconocía o no como reina? Campion replicó que sí que la reconocía por reina y gobernante y se sujetaba obedientemente a ella en todos los asuntos temporales citando el versículo de *dar al César lo que es del César*. Pero los políticos presentes no estaban dispuestos a debatir la ley canónica y le expresaron que el único delito que veían en él era ser papista, y le presentaron una propuesta: olvidar los últimos diez años y podría volver a ascender si apostataba de su fe y volvía al anglicanismo. Ante la negativa de Campion fue devuelto a la Torre y firmaron la sentencia de ponerlo bajo tortura. Hasta diciembre en que fue llevado a Tyburn para su ejecución sólo salió de la celda para ser presentado a la Conferencia de los clérigos anglicanos y para su juicio en noviembre. En este tiempo aparecieron todos los bulos: que había hablado y traicionado a sus compañeros, que se había quitado la vida, que había comprado su seguridad acusando a sus amigos, y por todo el país se empezó a arrestar a católicos por el presunto testimonio de Campion. Los protestantes se burlaban de los católicos por la traición de su amigo, pero su aparición en las Conferencias y en el juicio volvió a tranquilizarles, ya que vieron su fortaleza y su antigua constancia indeclinable. Las torturas que le aplicaron, especialmente el potro, le dejaban muy debilitado y tras ellas sufría largos

interrogatorios para intentar sonsacarle información. Un funcionario escribía lo que el reo confesaba durante el tormento y al final firmaba lo que había dicho. Campion, no podemos saber si confesó algún nombre durante el tormento, pero nunca firmó ninguna declaración.

Al mismo tiempo, por orden del Consejo tuvieron lugar cuatro disputas o conferencias teológicas organizadas por el obispo de Londres, para contrarrestar los escritos de Campion. Sin avisarle previamente, después de los tormentos se le sacaba de la celda, junto con otros prisioneros católicos y debía enfrentarse a una pléyade de teólogos anglicanos, en presencia de miembros de la Corte y del Consejo. Entre el público había algunos católicos que tomaban nota para conocimiento de los sacerdotes católicos y fieles. Su salud lógicamente era débil y un testigo católico informa que su «cara estaba descolorida, su memoria destruida y su fuerza mental casi por completa extinguida». Campion replicó protestando contra la manifiesta disparidad de condiciones del debate y la privación de sus textos y papeles. En las cuatro conferencias se debatió sobre el escrito *Diez razones*, pero Campion no podía iniciar ninguna disputa, sólo responder. El debate duraba todo el día y los teólogos protestantes alardeaban de «cómo zarandeaban al jesuita». La cuarta sesión se añadió al final porque el Consejo no quedó contento con lo obtenido en las tres anteriores y acusaron a Campion de «hombre desnaturalizado de su país, degenerado de la condición inglesa, apóstata de su religión, fugitivo del reino, desleal a su reina». La gente, aburrida con las discusiones sobre la justificación por la sola fe y la sola Escritura, quería marcharse, pero el presidente ordenó cerrar las puertas. Cecil, el canciller, ordenó cesar en las discusiones y dejaron a Campion en paz para prepararse a morir.

El Consejo de obispos anglicanos había decretado su muerte, pero debía buscarse una razón de traición y se obtuvo con la acusación de que Allen, Morton, Persons y Campion habían urdido una conspiración para asesinar a la reina Isabel, en Roma, en abril del año anterior y para ello los dos últimos habían ido a Inglaterra. En el último momento, a esta acusación se añadieron los nombres de todos los sacerdotes que estaban en la prisión. El juicio fue el día 20 de noviembre y la salud de Campion era tal que en el momento del juramento no pudo levantar el brazo. El burdo juicio determinó la condena a muerte para todos los acusados.



Apertura de la causa de beatificación de Leonia Martin, hermana de santa Teresita

COINCIDIENDO con la festividad de san Francisco de Sales, Mons. Boulanger, obispo de la diócesis de Bayeux-Lisieux, anunció el pasado sábado 24 de enero en el monasterio de la Visitación de Caen la apertura oficial de la causa de beatificación de Leonia Martin, hermana de santa Teresa del Niño Jesús.

Leonia Martin Guérin nació en Alençon (Francia) el 3 de junio de 1863. Desde bien pequeña sufrió de mala salud, siendo así que a los nueve meses de edad contrajo la tos ferina y poco después el sarampión. Sus padres, los beatos Luis y Celia, estaban muy preocupados temiendo que la niña no sobreviviera a su primer cumpleaños. Su madre Celia se puso en contacto con su hermano Isidore Guérin, que era farmacéutico en Lisieux, preguntándole si él tenía algún remedio que pudiera ayudar a Leonia a curarse. No pudo aportar ninguna cura. Entonces Celia escribió a su hermana sor María Dositea, que era monja de la Visitación de Le Mans. Ella le respondió sugiriendo la posibilidad de una novena a la entonces beata Margarita María de Alacoque. Celia rezó la novena diciendo esta frase: «Si María Leonia va a ser santa algún día, entonces cúrala». Su padre Luis hizo una peregrinación a Notre-Dame du Sees (Nuestra Señora de los Mares) pidiendo una cura para la enfermedad de su hija. Después de la novena Leonia se curó. Nos dice Celia: «Nueve días después de la enfermedad de Leonia, era capaz de ponerse en pie de nuevo, corriendo por la casa como un pequeño conejo».

Su educación fue difícil por el carácter tan rebelde que tenía, pero totalmente impregnada de buenos sentimientos hacia su familia y el prójimo. Tras una «infancia detestable», según ella misma dirá más tarde, conoció una adolescencia más serena, y como sus hermanas, aspiró a la vida religiosa. No obstante, antes de conseguir realizar sus sueños, tuvo que recorrer un camino de sufrimiento. Quiso hacerse monja clarisa, pero no pudo soportar los rigores de la Regla y abandonó el convento. Leonia volvió a rezar pidiendo por su vocación y decidió seguir los pasos de su querida tía María Dositea, intentando hasta por tres veces su ingreso en la vida religiosa en la Visitación, durante los cuales tuvo que pasar muchas pruebas. Continuamente escuchaba los con-

sejos de su hermana santa Teresa del Niño Jesús. Ésta la escribió por última vez el 17 de julio de 1897: «Si quieres ser una santa, te será fácil, porque en lo profundo de tu corazón el mundo no significa nada para ti... Quiero decir que mientras tú te entregas devotamente a trabajos externos, sólo tienes un fin, agradar a Jesús y unirse más íntimamente con Él». Leonia continuó firme con su deseo de ser santa y pidió hasta el final de su vida la intercesión de su hermana santa Teresita para que la ayudara. Semanas antes de morir, santa Teresita tuvo una conversación con sor María (otra de sus hermanas) en la que le dijo que, después de su muerte, Leonia volvería a la Visitación de Caen. También afirmó que Leonia se mantendría firme y perseverante hasta su muerte.

Esta visión de santa Teresita se cumplió. Dos años después de la muerte de santa Teresita, Leonia, escoltada por su tío Isidore, entró en el monasterio de la Visitación de Caen, por última vez y definitivamente, el 30 de enero de 1899. Leonia le dijo a su nueva madre superiora: «Estoy aquí para siempre, ésta es mi única ambición: esconderme como una humilde violeta para que la perfecta obediencia a mis superiores haga de mí lo que sea». El 30 de junio del mismo año recibe el santo hábito y el nombre de Francisca Teresa. Leonia se reviste de una humildad serena, muy alegre en las recreaciones, y coloca su felicidad en el servicio, para agradar a su comunidad. Llena de delicadeza y cuidados para con las hermanas, sonrío en todo y para todas, irradiando dulzura, humildad y paz. Ella escribía: «Quiero ser pequeña... olvidada... confiada...». Gran alegría en su vida fue ver canonizada a su hermana santa Teresa del Niño Jesús, el 17 de mayo de 1925. Fallece el 17 de junio de 1941 en olor de santidad en su monasterio de Caen, convirtiéndose en el refugio de los padres preocupados por sus hijos difíciles, que acuden confiados a su intercesión.

Como ha afirmado el padre Laurent Berthout, delegado episcopal, «desde hace muchos años, numerosas personas se encomiendan a Leonia Martin, acudiendo a rezar a su tumba, en el monasterio de la Visitación donde fue religiosa. Estas personas dan testimonio de gracias recibidas por su intercesión. Leonia Martin vivió una vida sencilla, escondida, humilde, a la sombra del claustro. Quiso vivir la espiritualidad de san Francisco de Sales, haciendo 'todo por amor y nada por fuer-

za', según expresión del Santo. Ella se benefició del descubrimiento espiritual de su santa hermana Teresa que le enseñó a vivir de amor en los gestos más humildes y cotidianos».

Novena mundial de adoración eucarística para el Sínodo sobre la familia de octubre

EL pasado mes de diciembre el papa Francisco llamaba a todos los fieles a ofrecer oraciones especiales por el próximo Sínodo de la Familia que tendrá lugar en Roma en octubre de este año. Secundando el ruego del Santo Padre, un grupo de laicos han constituido en Roma la Sociedad de la Adoración Eucarística para el Sínodo de la Familia 2015 que tiene como objetivo la organización de una novena a favor de los trabajos de dicha asamblea. La novena, que se inició el pasado 5 de febrero, reunirá a fieles de todo el mundo los primeros jueves de mes en diferentes actos de adoración eucarística hasta el 1 de octubre, justo tres días antes de la apertura del Sínodo. El cardenal Wilfred Napier OFM, arzobispo de Durban (Sudáfrica) y uno de los cuatro presidentes del consejo del Sínodo, ha descrito la iniciativa como «una de las mejores preparaciones que la Iglesia podría emprender para la segunda sesión del Sínodo de la Familia».

La novena ha sido puesta bajo el patrocinio de santa Teresita del Niño Jesús porque, como explica Christine McCarthy, una de las impulsoras de la Sociedad, ésta finaliza en el día de su fiesta. Además, santa Teresita nos muestra cómo un alma que adora al Señor en el Santísimo Sacramento puede cambiar el mundo ya que, aunque como carmelita nunca dejó Francia, la Iglesia la ha declarado copatrona de las misiones junto a san Francisco Javier para ponernos siempre delante que la fecundidad misionera de la Iglesia se realiza por la gracia obtenida por la oración. Finalmente, la madre y el padre de santa Teresita fueron recientemente beatificados y son un ejemplo luminoso de matrimonio y vida familiar, mostrándonos que el matrimonio y la vida familiar vividos según el proyecto de Dios son una vocación y llamada a la santidad y una fuente de alegría.

«Con esta novena de adoración ante el próximo Sínodo sobre la familia, nuestras esperanzas y oraciones son que la misericordia y la fidelidad se abracen, que la Iglesia siga conservando la gran reverencia debida a la santa Eucaristía y la indisolubilidad del matrimonio entre un hombre y una mujer, respetando al mismo tiempo a todos los hombres y mujeres independientemente de su situación, respetando su dignidad de hijos de Dios y siguiendo, como siempre, perdonando y santificando a cuantos desean crecer en gracia».

Viaje del Papa a Sri Lanka y Filipinas

EL papa Francisco, siguiendo los pasos de sus predecesores, visitó el pasado mes de enero la comunidad católica de Sri Lanka y Filipinas para manifestar el gran amor y preocupación de la Iglesia católica por sus hijos, confirmándoles en la fe cristiana, orando con ellos y compartiendo sus alegrías y sufrimientos. Teniendo siempre presente estos objetivos, el Papa canonizó al beato José Vaz, a quien propuso como modelo y maestro. «Su vida, afirmó el pontífice, constituye un signo espléndido de la bondad y el amor de Dios para con el pueblo de Sri Lanka así como un estímulo para perseverar en el camino del Evangelio, para crecer en santidad, y para dar testimonio del mensaje evangélico de la reconciliación al que dedicó su vida.» Y ya por la tarde, visitó el santuario de Nuestra Señora del Madhu, lugar de peregrinación nacional, invitando tanto a tamiles como a cingaleses a pedir a la Virgen del Rosario la gracia de reparar por sus pecados y por todo el mal que esa tierra ha conocido, buscando un renovado espíritu de reconciliación y comunión que traiga definitivamente la paz al país.

En Filipinas, y recordando el carácter eminentemente pastoral de su visita en unos momentos en que ese país se prepara para celebrar el quinto centenario del primer anuncio del Evangelio de Jesucristo en estas costas, el Santo Padre quiso también expresar su cercanía a todos los que tuvieron que soportar el sufrimiento, la pérdida de seres queridos y la devastación causada por el tifón Yolanda. En la noche del 16 de enero el Papa se reunió con las familias filipinas a las que dirigió entrañables palabras de fe, esperanza y caridad, exhortando a todos a «soñar» en la familia. «Filipinas, añadió el Papa, necesita familias santas y unidas para proteger la belleza y la verdad de la familia en el plan de Dios y para que sean un apoyo y ejemplo para otras familias. (...) ¡Proteged vuestras familias! Ved en ellas el mayor tesoro de vuestro país y sustentadlas siempre con la oración y la gracia de los sacramentos. (...) Sed ejemplo vivo de amor, de perdón y atención. Sed santuarios de respeto a la vida, proclamando la sacralidad de toda vida humana desde su concepción hasta la muerte natural. ¡Qué gran don para la sociedad si cada familia cristiana viviera plenamente su noble vocación!» El viaje concluyó con una multitudinaria misa en el «Rizal Park» de Manila en la que más de seis millones de filipinos celebraron con el Papa la fiesta del Santo Niño, imagen que acompañó desde el principio la difusión del Evangelio en ese país. «Vestido como un rey, afirmó el Pontífice, coronado y sosteniendo en sus manos el cetro, el globo y la cruz, nos recuerda continuamente la relación entre el Reino de Dios y el misterio de la infancia espiritual».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Sobre los atentados de París contra Charlie Hebdo y un supermercado judío

EL pasado 7 de enero dos hombres enmascarados y armados con rifles de asalto entraron en las oficinas de la revista satírica *Charlie Hebdo* en París, conocida por sus viñetas de mal gusto cuyo blanco es frecuentemente la religión, matando a doce personas, dibujantes del semanario y un policía, al grito de «*Allahu-akbar*» («Alá es grande»). Los asaltantes se identificaron como los hermanos Kouachi, pertenecientes a la rama yemení de Al Qaeda, que reivindicó el ataque. En paralelo, el 8 de enero un militante del Estado Islámico, Amedy Coulibaly mató a una policía e hirió gravemente a otro en la banlieue de Montrouge, al sur de París, y el 9 de enero se hacía fuerte en un supermercado judío parisino, tomando como rehenes a las personas que estaban en ese momento en el establecimiento. Tras una azarosa persecución, los hermanos Kouachi fueron abatidos la tarde del 9 de enero, mientras que Coulibaly moría ese mismo día durante el asalto de los cuerpos de operaciones especiales de la gendarmería francesa al supermercado, no sin antes haber asesinado a cuatro rehenes. La conmoción por los atentados fue grande y el domingo 11 de enero tuvieron lugar varias manifestaciones multitudinarias de repulsa de los atentados, la mayor de las cuales se desarrolló en París, reuniendo a aproximadamente un millón y medio de personas que portaban pancartas con el lema «*Je suis Charlie*» (Yo soy Charlie).

Hasta aquí un resumen de los hechos, expuestos con el máximo de rigor del que es capaz este cronista. A partir de aquí algunas consideraciones al respecto:

La primera consideración debe de ser de firme condena y rechazo de estos horrendos asesinatos, que nada puede justificar, y nuestras oraciones para que Dios haya acogido en su misericordia las almas de quienes han muerto en estos sangrientos atentados. El rechazo a los atentados se focalizó pronto en una reivindicación de la libertad de expresión ilimitada, dejando en un segundo plano a las otras víctimas de estos ataques y extendiendo la repulsa que provocaron los atentados a todos aquellos que no reconocemos ese derecho sin ningún tipo de límite. Se ha presentado el derecho a la blasfemia no sólo como el fundamento de nuestro sistema político, sino como un derecho fundamental que garantiza la libertad.

Ross Douhat, por ejemplo, en el *New York Times* ha escrito que «la blasfemia es una parte esencial de la democracia». Profundo error que no hace más que dar argumentos a los islamistas, pues si realmente nuestra sociedad se funda en ese derecho a blasfemar no es difícil ver que realmente merece desaparecer de la historia. Los actos terroristas han sido contra la revista *Charlie Hebdo*, pero no exclusivamente. Es cierto que la repulsiva línea editorial de este medio le había convertido en blanco prioritario de los yihadistas, pero las personas que fueron asesinadas en el supermercado judío no habían insultado al islam. Como tampoco lo habían hecho los tres soldados y los tres niños judíos y un rabino asesinados por un francés de origen argelino en Toulouse y Montauban en marzo de 2012. Ni el soldado británico asesinado en Londres en mayo de 2013 por dos hombres conversos al islam. Ni las cuatro personas asesinadas en el Museo Judío de Bruselas el pasado mes de mayo de 2014. No estamos principalmente ante un atentado contra la libertad de prensa, como se han esforzado en presentarlo, sino de un ataque contra nuestra civilización. El terrorismo yihadista no necesita motivos para asesinar en Europa.

Como hemos señalado, el rechazo ante estos ataques fue rápidamente extendido a todos aquellos que no pensamos que la blasfemia sea la quintaesencia de la libertad humana. Se erigió así el laicismo agresivo como fundamento de nuestras sociedades amenazadas por los supuestos «fanatismos», tanto el musulmán como el católico, ambos también supuestamente homogéneos y condenables. En realidad, lo que ha ocurrido es que el laicismo, incapaz de frenar el islamismo, ha aprovechado la situación para cargar contra su vieja enemiga, la Iglesia católica. La portada pactada de numerosos diarios el domingo 11, entre ellos el español *El País*, era bien reveladora: en el titular no se hacía mención ni al islam ni al terrorismo, causantes de la masacre contra la que supuestamente se organizaba la manifestación, sino que se podía leer «Más gente con Charlie que en misa». Como si de pronto el gran adversario fuera la misa, un acto peligrosísimo para los criterios de los nuevos «tolerantes» volterrianos. Sólo que, como el polémico escritor francés Michel Houellebecq ha recordado: «La Ilustración está muerta. Por sí misma no puede producir más que vacío e infelicidad». Así, aparece claro el doble enemigo, a su vez en-

frentado entre sí pero dispuesto a una tregua contra el adversario común, contra el que los católicos nos enfrentamos en Occidente: el odio hacia el otro, por una parte, y el odio de uno mismo por la otra: el islamismo nihilista y el progresismo relativista y buenista, el Estado Islámico y el Estado laicista. No se puede ignorar el papel que la demografía juega en este asunto. Difícilmente estaríamos donde estamos sin los seis millones de musulmanes que actualmente viven en Francia, de los que una parte importante justifica el yihadismo (el 27% de los jóvenes franceses apoya el Califato Islámico). Pero difícilmente tendría Francia esa población musulmana si antes los propios franceses no hubiesen dejado de tener hijos. Se afirma que la demografía es el destino, pues bien, ese destino está llegando al estéril Occidente.

Tampoco se puede entender lo sucedido sin echar una mirada al relativismo sesentayochista hegemónico en Europa, que pretende que nuestra historia es odiosa y que ha acogido con vítores cualquier elemento que debilitara la presencia cristiana en nuestro continente. Ahora se topan con que algunos musulmanes están dispuestos a acabar con ese orden supuestamente odioso, ¿de qué se sorprenden? Tanto el laicismo francés, del que tan orgullosos estaban algunos, como el multiculturalismo, han fracasado en su intento de integrar a la población musulmana.

Por otro lado, en cuanto a la capacidad de sorpresa de Occidente ante lo que ya sabe, lo mínimo que se puede decir es que es muy notable. Habíamos visto los atentados del 11-S, las atrocidades cometidas por el Estado Islámico, hemos apoyado a grupos islamistas opositores a Bashar el Assad en Siria y contemplado cómo numerosos jóvenes musulmanes que residían en Europa se unían a los combates del El en Siria e Irak. Se calcula que unos cinco mil combatientes en Siria e Irak con pasaporte europeo han regresado a sus países de origen. Por otro lado, sabemos que las monarquías del Golfo que financian a los grupos islamistas son las mismas que financian también las mezquitas que florecen por toda Europa y que invierten en nuestros países centenares de millones procedentes de las rentas del petróleo. ¿Y aún nos sorprendemos? Se ha puesto de relieve también que el Estado francés ya no es capaz de controlar amplias zonas de su territorio. Las complicidades que se desarrollan en las banlieues francesas, en manos de bandas de musulmanes, y la facilidad para entrar y salir del país, así como el acceso a las armas necesarias para una operación terrorista perfectamente planificada indican esta debilidad estatal.

¿Qué reacciones son previsibles? Por un lado un crecimiento lógico de actitudes de rechazo hacia los musulmanes que probablemente darán lugar a ataques a pequeña escala contra mezquitas y barrios de población mayoritariamente musulmana. Parece, no

obstante, poco probable que esta reacción se canalice en la dirección de redescubrir la fe cristiana que está en el origen de todo lo que de valioso disfrutamos en nuestra sociedad y cuyo abandono está asimismo en el origen de la crisis que vivimos y de la debilidad que aprovechan ahora los yihadistas. Parece más probable que, celosos de un estilo y nivel de vida que hemos olvidado de donde proviene pero que vemos ahora amenazado, muchos europeos canalicen su justificada preocupación hacia explosiones de violencia que no solucionarán el problema y sí pueden agravarlo. Mientras tanto, por parte de los gobiernos, es probable que asistamos, como ya hemos señalado antes, a una ofensiva laicista que, con la excusa de erradicar todo «fanatismo religioso» se traduzca en agresiones y restricciones contra los católicos y la Iglesia.

Mientras que en un plano práctico se debate acerca de las medidas concretas para evitar nuevos atentados, la gran pregunta en el plano de las ideas que se plantea es la de la vinculación de los terroristas con el islam. Los portavoces de lo políticamente correcto se apresuraron a declarar que el terrorismo yihadista y el islam no tenían nada que ver. Llegaron incluso, en una pirueta lógica digna de ser considerada, a afirmar que el principal problema al que nos enfrentamos no es el yihadismo, sino una supuesta «islamofobia». Es poco probable que los muertos en los atentados compartan esta afirmación. De hecho, los hechos son tan claros (los terroristas atacaron al grito de «Alá es grande») que la teoría de que los yihadistas no son verdaderos musulmanes se ha desacreditado por completo. Volveremos sobre ello con mayor calma, pero sin pretender criminalizar a todos los musulmanes, resulta difícil negar la problemática del islam.

Por último, se ha hablado de no desfallecer en la «guerra al terrorismo», pero este concepto es inapropiado. El terrorismo no es una ideología, sino un medio, una estrategia para conseguir unos objetivos normalmente definidos por una ideología (o un estado o grupo organizado). Lo que sí es cierto es que los atentados de París pretenden reproducir en Occidente la muy estudiada dinámica generada por la violencia terrorista. Por un lado, rechazo entre las víctimas hacia el organismo encargado de velar por su seguridad y que ha sido incapaz de detener los atentados, en este caso el Estado francés y por extensión los estados europeos; por otro, reacción desproporcionada o indiscriminada del Estado que incida sobre el colectivo del que han surgido los terroristas, que de este modo encuentran una justificación a posteriori de sus actos, al tiempo que cohesionan a su colectivo, en este caso los musulmanes que residen en Europa. Por desgracia, sabemos por experiencia del efecto social altamente disolvente de esta espiral de acción-reacción que genera el terrorismo.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 - 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 - fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patristica, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



Zita. Retrato íntimo de una emperatriz

Autor: Cyrille Debris
Editorial: Palabra
160 páginas
Precio: 14,50 €

Exiliados tras finalizar la primera guerra mundial y la consiguiente derrota de los Imperios Centrales, la prematura muerte de su marido, el emperador beato Carlos de Habsburgo, impuso a la emperatriz Zita la obligación de cuidar y preocuparse del futuro de sus hijos de modo personal y con poca ayuda. La profunda formación cristiana que había recibido fue su baluarte

para sobreponerse a las difíciles circunstancias.



Un día especial

Autor: Anne-Dauphine Julliand
Editorial: Palabra
189 páginas
Precio: 16,00 €

El 29 de febrero es una fecha que sólo existe cada cuatro años. Y es también la fecha del nacimiento de Thaïs –la princesita de Anne-Dauphine Julliand–, afectada por una enfermedad genética hereditaria. Thaïs vivió tres años y nueve meses. Tuvo una vida corta, pero hermosa. Una lección de felicidad y una maravillosa historia de amor que se lee de corrido, con el

corazón al borde de las lágrimas.

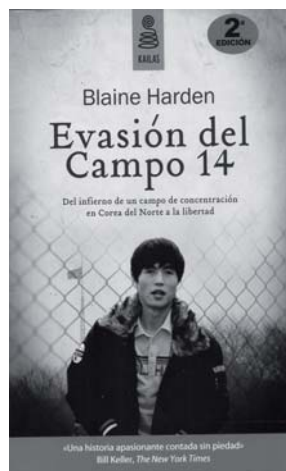


Lo propio del hombre

Autor: Rémi Brague
Editorial: BAC
206 páginas
Precio: 17,00 €

Armas de destrucción masiva, polución, extinción demográfica: todo lo que amenaza al hombre en tanto que especie viva ya no genera duda. Pero hay factores que provienen del hombre mismo que socaban su propia humanidad. Estos factores son más difíciles de entender. El objetivo de Rémi Brague es descubrirlos a través de un análisis radical de la idea de humanismo. La cuestión es saber cómo podemos promover el valor

del hombre y de lo que es humano, luchando contra todas las figuras de lo inhumano.



Evasión del Campo 14

Autor: Blaine Harden
Editorial: Kailas
264 páginas
Precio: 17,90 €

Hace veintinueve años, Shin Dong-hyuk nació en el Campo 14, uno de los cinco centros de reclusión para presos políticos situados en las montañas de Corea del Norte. Localizado a unos noventa kilómetros al norte de Pyongyang, este campo de trabajo es un «distrito de control absoluto», una prisión sin salida donde la única sentencia es la cadena perpetua. Nadie nacido en el Campo 14, o en cualquiera de los otros campos norcoreanos, ha logrado escapar. Nadie excepto Shin. Esta es su historia.

Las tentaciones del espíritu del mundo

No siempre es fácil asumir nuestra identidad y expresarla, puesto que, como pecadores que somos, siempre estamos tentados por el espíritu del mundo, que se manifiesta de diversos modos. Quisiera señalar tres. El primero es el deslumbramiento engañoso del relativismo, que oculta el esplendor de la verdad y, removiendo la tierra bajo nuestros pies, nos lleva a las arenas movedizas de la confusión y la desesperación. Es una tentación que hoy en día afecta también a las comunidades cristianas, haciéndonos olvidar que «bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, que existe ayer, hoy y para siempre» (*Gaudium et spes*, 10; cf. Hb 13,8). No hablo aquí del relativismo únicamente como sistema de pensamiento, sino de ese relativismo práctico de cada día que, de manera casi imperceptible, debilita nuestro sentido de identidad.

Un segundo modo mediante el cual el mundo amenaza la solidez de nuestra identidad cristiana es la superficialidad: la tendencia a entretenernos con las últimas modas, artilugios y distracciones, en lugar de dedicarnos a las cosas que realmente son importantes (cf. Flp 1,10). En una cultura que exalta lo efímero y ofrece tantas posibilidades de evasión y de escape, esto puede representar un serio problema pastoral. Para los ministros de la Iglesia, esta superficialidad puede manifestarse en quedar fascinados por los programas pastorales y las teorías, en detrimento del encuentro directo y fructífero con nuestros fieles, y también con los que no lo son, especialmente con los jóvenes, que tienen necesidad de una sólida catequesis y de una buena dirección espiritual. Si no estamos enraizados en Cristo, las verdades que nos hacen vivir acaban por resquebrajarse, la práctica de las virtudes se vuelve formalista y el diálogo queda reducido a una especie de negociación o a estar de acuerdo en el desacuerdo. (...) Esa superficialidad nos hace mucho daño.

Hay una tercera tentación: la aparente seguridad que se esconde tras las respuestas fáciles, frases hechas, normas y reglamentos. Jesús luchó mucho con esa gente que se escondía detrás de las normas, los reglamentos, las respuestas fáciles... Los llamó hipócritas. La fe, por su naturaleza, no está centrada en sí misma, la fe tiende a «salir fuera». Quiere hacerse entender, da lugar al testimonio, genera la misión. En este sentido, la fe nos hace al mismo tiempo audaces y humildes en nuestro testimonio de esperanza y de amor. San Pedro nos dice que tenemos que estar «dispuestos a dar razón de nuestra esperanza a quien nos lo pidiere». (cf. 1 Pe 3,15).

Papa FRANCISCO, Encuentro con los obispos de Asia
Haemi, Santuario de los Mártires.
17 de agosto de 2014